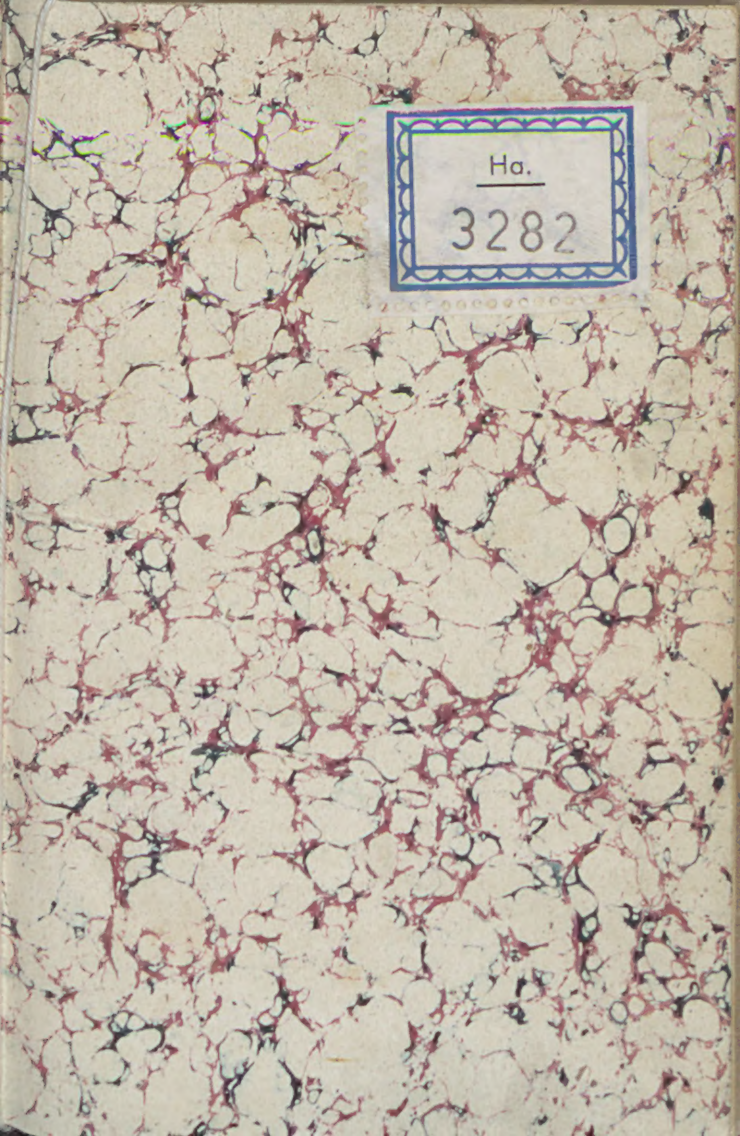
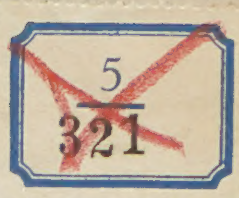
Antonio Gomez

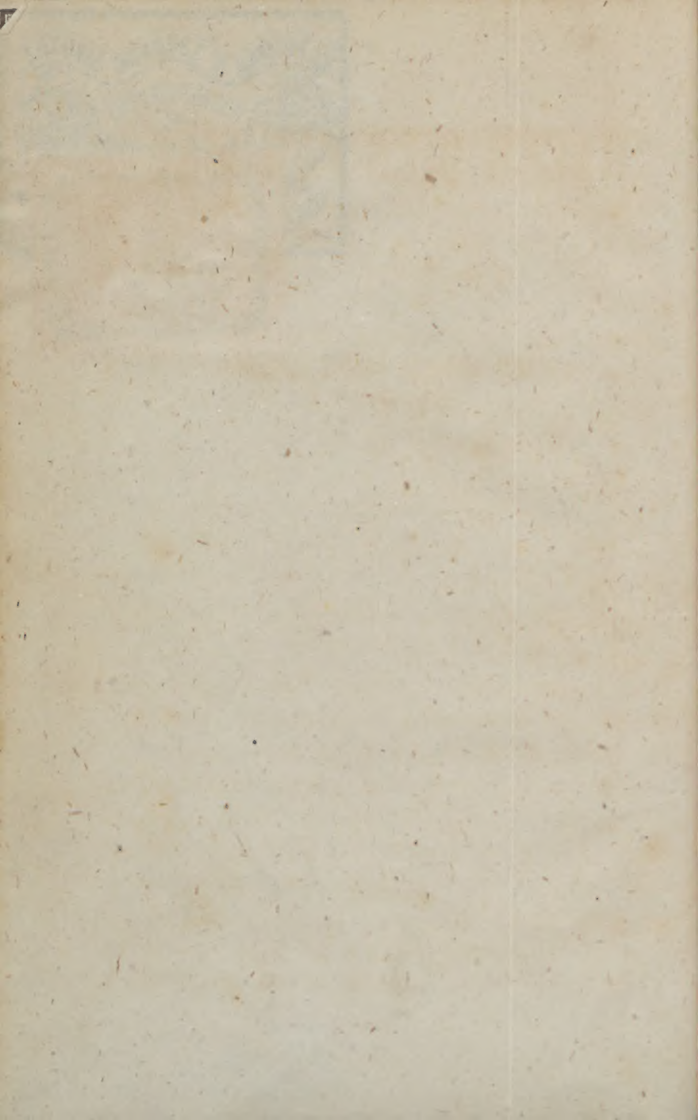
AZEVES.




Ha.
3282


ANTONIO MARQUEZ Y RAMIREZ
ENCUADERNADOR
Génova, 3 y 4
SEVILLA
LA R.L SOCIEDAD ECONOMICA DE SEVILLA PREMIO A LA APLICACION


5
321



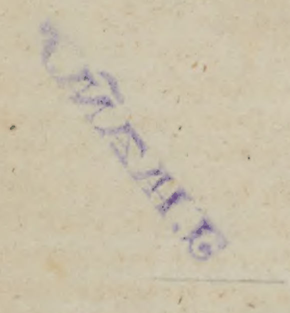
HACER BIEN POR MAL,

POR

DON ANTONIO GOMEZ AZEVES.



SEVILLA.
Est. tip. de La Andalucia, Monsalves 29 y Catalanes 4, esquina á la de Tetuan.
1863.



Eran las doce de la noche de un hermoso dia de Abril. Sevilla dormia tranquilamente. La luna iba apareciendo por entre caprichosas nubes. El aire mecia las ramas de los árboles. Las aves funerarias derramaban sus lastimeras canciones. Una campana misteriosa sonaba en las orillas del Guadalquivir hácia el lado de Triana. Sus melancólicos tañidos despertaban al penitente. Parecia que eran los llantos del pecador arrodillado ante el trono del Eterno.

Un religioso capuchino y un caballero, embobozado en su larga capa, entran en una barquilla,

atracada junto á la puerta de San Juan de Acro. El barquero comienza á navegar. El ruido de los remos azotando á compás las aguas, forma una embelesadora cadencia con los sonidos de la campana Espanta-arbures, llamando á coro á los cartujos.

—Ya sabes á donde vamos. Boga, boga cuanto puedas, que el tiempo urge.

Dijo el religioso capuchino al barquero.

—Ya lo sé, Padre mio. Dentro de cuatro hóras estarán vuestras mercedes en la casa de campo.

En efecto, á las cuatro horas, habiendo dejado á la derecha el hermoso monasterio de San Gerónimo de Buena Vista, se encontraban nuestros navegantes á las puertas de la arquería. El anciano capatáz y su mujer salieron á recibirlos.

—Capataz; ¿cómo sigue el enfermo?

Preguntó el caballero con mucha ansiedad.

—Señor: muy malo. Ayer tarde creyó está, (señalando á su mujer) que se le quedaba entre las manos, de lo grave y peligroso que se puso. No quiere médico, ni que lo llevemos á Sevilla. Lo peor de todo es, que no se acuerda siquiera de Dios ni de Santa María. Está completamente olvidado de las cosas eternas. Yo creo que vá á morir impenitente: sin confesion: como un judío.

—No; no morirá, con el favor del cielo. A eso venimos.

Contestó el religioso capuchino, lleno de ardiente caridad:

—Así sea, Padre mio.

Dijo con tono piadoso la vieja capataza, cuyo cándido semblante revelaba la clemencia y la paz de la antigua religiosidad española, que todavía no se ha extinguido por completo en algunos sencillos corazones de nuestros compasivos labriegos.

—Vamos á ver al enfermo.

Repuso el religioso capuchino con voz amorosa.

Un pequeño portal, cuyas paredes esteriores estaban cubiertas de olorosos arbustos y enredaderas daba ingreso á un zaguan: este á un pasadizo el cual conducia á la sala del enfermo, lujosamente amueblada. Se hallaba en un ángulo de ella, echado en su pomposo lecho. Su enjuto rostro, su aliento agitado y su grande postracion daban pocas esperanzas de vida. Entreabrió los ojos, por el ruido de los pasos, y mirando y reconociendo al religioso y al caballero, las lágrimas se resbalaron por sus arrugadas mejillas. ¡Ay! aquellas lágrimas eran las gotas de sangre de su corazon: eran los agudos remordimientos de su conciencia, al tener delante á Don Silverio, á cu-

yos buenos y acaudalados padres había empobrecido, á fuerza de bárbaras é inaguantables usuras.

—Don Benito: aquí tiene vuestra merced á D. Silverio y á mí: que pasando casualmente por estas cercanías, hemos querido entrar en su casa de campo á verlo y á saludarlo. ¿Quiere vuestra merced alguna cosa para Sevilla?

Dijo el religioso capuchino, con mucha cautela y pausa.

—Nada, Señores, nada.

Contestó el paciente: haciendo un grande esfuerzo para incorporarse, y reclinar su enmarañada cabeza contra el espaldar de la cama.

En esto, un jóven vaquero, montado en su burra, sobre un ceron, lleno de hogazas de pan, iba por el camino á espaldas de la casa de campo, al cual caian cuatro ventanas de la habitacion del enfermo, cantando con dulce misteriosa voz, las patéticas coplas del venerable religioso capuchino Fray Diego José de Cádiz, á *Jesus Crucificado*, cuyo estrivillo dice:

¡Ay de mí:
Yo soy el que os ofendí:
Y sois vos,
El que padeceis, mi Dios!

Todos al oir aquellos inesperados dulcísimos acentos, sintieron dentro de sus corazones, los

agudos torcedores de la conciencia. D. Benito, como herido por un rayo, húmedos y cruzadas levantó sus ojos y sus manos al cielo y dando un fuerte desgarrador suspiro, en medio de abundantes lágrimas, exclamó:

—¡Dios mio, benditas sean tus misericordias! No quieres, que el pecador muera: sino, que se convierta y viva. Nunca es tarde para el arrepentimiento: Nunca es tarde, para pedirte perdon!

No bien hubo acabado de pronunciar estas palabras, cuando todos, ménos el Religioso Capuchino, abandonaron la sala.

—Dejémoslo, con el pobre enfermo: dejémoslo, ocupado en uno de los mas nobles deberes de su santo ministerio. *Volver al redil á la oveja descarriada.*

Dijo D. Silverio, lleno de religiosa alegría.

D. Silverio entró en el aposento de la cristiana capataza. Allí no habia mas que limpieza. Unas sillas del Norte, unos cuadros, un crucifijo y una Pastora, esculturas de Bernardo de Gixon, colocadas en dos mesas de cedro, á los lados de la puerta, eran sus únicos adornos. Sobre las mesas, veianse ramilletes de preciosas flores, que despedian un olor agradabilisimo.

—Este crucifijo y esta Pastora, D. Silverio, iempre los vi en casa de mis buenos padres.

Oyeron los llantos de mi niñez. Me han consolado en mis infortunios. Por esto, agradecida, soy muy devota de ellos.

Cuando acabó estas últimas palabras, dos pequeños niños, traidos de la mano por una graciosa jóven aldeana, entraron en la habitacion.

—Estos son mis nietos, D Silverio, hijos de esta que es mi hija. Hace diez meses, que perdió á su buen marido. Yo, aunque sin recursos, me he echado encima tan pesada carga. Pero ¿qué habia de hacer, con esta pobrecita viuda y estos dos angelitos, huérfanos de padre? ¡Gracias á Dios y á esta divina Pastora (mirándola con ardiente fé) todavia no les ha faltado nada. ¡Son tan cariñosos: son tan humildes: son tan buenos!

Las mejillas de la bella aldeana se tiñeron de rubor; y sus ojos clavados en el suelo, indícaron la bondad de su alma.

—Estos niños, prosiguió la buena capataza, desde que nacieron, criados en el santo temor de Dios, lo alaban á todas horas, saludándolo por la mañana, al medio dia, en la tarde y en la noche. Tienen grande amor á su madre y á sus abuelos. Juegan entre las flores de la pradera. Ya saben de corrido, toda la Doctrina cristiana.

Al llegar aquí la capataza, entró, en la sala, el Religioso Capuchino, lleno de alegría, diciendo:

—D. Sílverio: el Señor nos trajo á buena hora. Vino en nuestra compañía. Esta alma se salvó. Ya ha confesado. Llora á mares los descarrios de su vida pasada. Está muy contrito y conforme con la voluntad divina. ¡Oveja descarriada oyó, felizmente, en las coplas del vaquero, los amorosos silvos del Buen Pastor; para volverse al aprisco! Quiere ver á todos.

El Capuchino, D. Silverio, el capatáz, la capataza, su hija y sus nietos, embargados de placer religioso, se dirigieron á la morada del enfermo.

—Estoy, señores, díjo este: mirando al Religioso y á D. Silverio, contentísimo con vuestra provechosa visita. Dios os ha traido. Me siento mas aliviado. Ya no tengo tantas fatigas en la respiracion, tanto ruido en la cabeza, ni tanta pesadéz en el cuerpo. Creo, con el favor del Cielo, ponerme bueno: para lavar, con una vida penitente las feas manchas de mis grandes pecados. Vos (tomando una postura de alta dignidad y clavando los ojos en D. Silverio), sabeis bien algunos de ellos. Me avergüenzo de teneros delante de mi vista. *Me habeis pagado bien por mal.* Quiero hacer esta espontánea confesion ante los presentes. Ya la he hecho ante el inexorable Tribunal del Altísimo. Tambien la haré ante todos los hombres, que viven sobre la ancha haz de la tierra.

Me habeis hecho bien por mal.

El abatido enfermo calló, repentinamente. Cruzados sus brazos, estuvo un ligero rato, con la cabeza inclinada y los ojos entreabiertos, como arreglando, en su memoria, algun delicado é interesante negocio.

—Padre Arcadio, D. Silverio, les dijo, desearia en el alma, que no se fueran vuestras mercedes, de mi lado, hasta que, de un todo, me pusiera bueno; pues tengo una milagrosa mejoria. ¡Me habeis traido tantos bienes, tan dulces consolaciones: que no quisiera sino teneros siempre á mi vista! Vuestra feliz visita ha mejorado los males de mi cuerpo y la celestial voz de este Angel, en figura de vaquero, ha salvado mi alma de las durisimas cadenas del pecado. En estando mejor, tengo que poner definitivamente, en claro, todos mis enredados asuntos, y quiero que vuestras mercedes, con su idoneidad y rectitud me ayuden, para conseguirlo, Tantos créditos á mi favor, en el Brasil, el Perú. México, Flandes, Inglaterra y Francia, necesitan manos sábias, para ponerlos al corriente.

—Por mi parte no tengo reparo alguno.

Contestó el padre Arcadio.

—Ni yo tampoco.

Dijo D. Silverio.

—¡Jesucristo ha abierto hoy los brazos de su

amor: los raudales de su clemencia, en esta casa de campo!

Exclamó, con tono apostólico, el Padre Arcadio.

—¡Bendito seas por los siglos de los siglos!

Exclamaron llorando D. Silverio, los capataces y toda su familia.

Aquí concluyó este cuadro ternísimo digno de más valientes pinceles que los mios.

En pocos dias D. Benito recuperó la salud. Una buena y sana alimentacion y sus paseos por las tardes, á los vecinos vergeles á orillas del Guadalquivir, acompañado del Padre Arcadio y de don Silverio, le restituyeron las fuerzas perdidas, en sus cortas, pero terribles dolencias.

A los ocho meses, D. Benito, puestos en claro todos sus negocios, leyó en su hermosa casa de Sevilla, su testamento al Padre Arcadio y á don Silverio. En él dejaba su opulentísimo caudal, gran parte á D. Silverio, ricas limosnas á todos los Conventos de Capuchinos de España, la casa de Campo, que consistía en olivares, tierras calmas y huerta á los capataces; para que criaran á sus nietos, sin olvidar al vaquero, ordenando á sus Albaceas el Padre Arcadio y D. Silverio, que lo buscaran á todo trance, y últimamente, fundaba un hospital de veinte y cuatro camas, para incurables,

en el pueblo de su naturaleza, en las Montañas de Santander.

Concluida la larga lectura, D. Benito, levantando el testamento en alto y echándole una ardiente y reflexiva ojeada: habló así.

—Padre Arcadio, D. Silverio: este es mi testamento. Aquí están hacinadas mis grandes culpas: aquí están mis bienes terrenales, amontonados, los más de ellos, á costa de la ruina y de la mendiguez de muchas familias. Yo no los quiero junto á mí. Yo renuncio, desde ahora, á este monton de ceniza, por el cual, el hombre tanto se afana y peca. La fundacion del Hospital es de lo ganado, como habeis oido con el sudor de mi frente, recorriendo sin cesar las ciudades mas ricas de Nueva España ó atravesando los desamparados desiertos del Perú ó las alborotodas olas del Niágara. Una cosa santa debe ser hecha, con otra mas santa. Con nada me quedo. Solamente reservo para mí, un tosco sayal de estameña, dentro del cual iré á llorar mis pecados á un famoso convento de Asturias, erigido en un lóbrego desierto. Allí acabaré mis dias, despojado de las vanidades del mundo. Cuando Dios me llame á juicio; sentiré, dentro de mi corazon, dulcísimas alegrías.

Al decir D. Benito, estas últimas palabras sus ojos se bañaron de lágrimas y cruzadas sus manos exclamó.

—Bendito seais, Señor: que con vuestra inefable caridad traeis al hombre al buen camino!

Antes de un año desposeido voluntariamente de todos sus copiosos tesoros, ya vestia don Benito el tosco hábito en el convento de Asturias, donde fué hasta su fallecimiento, el mas humilde y ejemplar de sus moradores. Enamorado don Silverio de la lindísima hija de los capataces se casó con ella, cuyo matrimonio hizo el padre Arcadio. Los niños á la edad competente, fueron á estudiar á Salamanca. Muy aplicados adelantaron en las buenas letras, teniendo sus padres el inapreciable gusto de verlos brillar en los pacíficos campos de la historia, de la crítica y de la poesia. Los virtuosos capataces, cargados de años y de achaques acabaron sus dias asistidos con amorosa solicitud, por su buena hija y el honrado don Silverio. El vaquero, á costa de muchos viajes y largas indagaciones, fué encontrado en un lugarillo de la sierra de Andevalo. Sacó de la pobreza á sus viejos padres y contrajo matrimonio con una cercana parienta suya, con la cual vivó tranquila y dichosamente. El padre Arcadio, en fin, uno de los primeros personages de esta novelilla, inflamado del espíritu de Dios, embarcóse para las misiones

de las entonces Indias españolas, donde con la cruz en la mano, predicando el Evangelio, murió en bárbaro martirio por aquellos crueles salvajes.

FIN.

Recuerdos Sevillanos.

La casa de la Padilla.

En la calle de la Morería, collacion de la parroquia de San Pedro, el Real, que hoy, por el derribo de los cuarteles de tropas, forma la fachada del lado de entre Oriente y Norte de la plaza del Príncipe Don Alfonso, habia en el siglo XVI, una casa llamada de la Padilla, donde habitaban varias humildes familias.

Contábase entre sus vecinos á un viejo soldado inválido de nuestros invencibles tercios, el cual ocupaba una pequeña vivienda alta. Era un ilustre campeon, que venciendo a los enemigos de su pátria, se cubrió en muchos

combates, de los inmarcesibles laureles de la victoria.

Padecia el infeliz de fuertes tenaces dolores reumáticos en las rodillas, contraidos en sus largas campañas, los cuales, casi siempre, lo tenian postrado en el lecho.

Asistialo, por mera caridad, el sábio doctor Andrés Zamudio de Alfaro, médico de Cámara del rey Don Felipe II, sin haber conseguido nunca quitarle, por mas métodos curativos que habia ensayado, sus inaguantables dolencias.

Todas las noches, desde las Oraciones hasta las Animas, venia á visitarlo un soldado, camarada antiguo suyo, hombre erudito y festivo, manco del brazo y mano izquierda.

Habian militado juntos en Europa y en Africa, tomándose, uno á otro, el tierno cariño, que acrecienta mas y mas el trueno de los cañones, el golpe de las lanzas y el *ay* de los moribundos.

Aquellos ingénuos vecinos se reunian en la sala del inválido, para pasar sabrosos ratos, oyendo los originales chistes del soldado, en el gracioso relato de su vida militar. El *manco*, que asi le llamaban todos, estaba muy querido de los sencillos moradores de la casa de la Padilla.

Una noche el doctor Zamudio de Alfaro, viéndolo por primera vez, rió, en extremo, con las delicadas sales del *manco*. Movido de curiosidad, entabló con él este diálogo.

—¿Quién eres?

—Un hombre, *hécho* y *derecho*.

—Ya lo veo: pero un hombre, *hecho* y *derecho* que oculta su origen, bajo ese noble, aunque humilde traje de soldado.

—No lo oculto, Señor: bien lo manifiesto. Soy un pobre desventurado hijo-dalgo.

—¿Dónde moras?

—Cerquita de aquí, Señor: en una sala alta, mejor diré zaquizamí del cuartel de la Cava, en Triana.

—¿Cómo te llamas?

—Miguel.

—¿Cuál es tu pátria?

—Alcalá de Henares, en Castilla la Nueva.

—¿Has batallado por el Rey?

—Muchas veces.

—¿En dónde?

—En Lepanto, donde quedé lisiado de este brazo, á bordo de una valerosísima galera, en Tunez, y en otras varias funciones de guerra. Aquí está todavía vivo, aunque no sano, mi inseparable compañero de armas y de peligros, que puede decir á vuestra señoría mis bra-

vas hazañas, peleando por mi Dios y por mi Rey.

—¿Es verdad, Jacinto?

—Sí: Miguel, verdad es.

Contestó el viejo soldado, reclinando su calva cabeza sobre las almohadas y rompiendo sus lábios en apagados suspiros de antiguas amargas memorias.

—Pues entonces, Miguel, dijo el doctor Alfaro, poco has ascendido en la milicia, para tantas proezas, como tienes hechas en ella.

—Poco, Señor, poquísimo: nada. No ha estado para mi la fortuna en la carrera de la caprichosa Palas: pero en otra gloriosísima....

Aquí concluyó est curioso diálogo.

A los pocos dias, el doctor Andrés Zamudio de Alfaro, fué convidado, por Don Juan de Arguijo, á un rico festin de los que, ámenudo, acostumbraba tener en su casa, hoy con puerta á la calle de la Compañia, número 9, moderno, collacion de San Andrés, este generoso caballero, este espléndido Mecenas sevillano.

Sentados á la mesa, llamó mucho la atencion del doctor Alfaro, ver en su cabecera, presidiéndola, entre Fernando de Herrera y Mateo de Aleman, al mismo soldado de la casa de la Padilla, el cual sostenia con ellos una risueña animadísima conversacion.

Como á mediados del banquete, levantóse Don Juan de Arguijo, y tomando, con la mano derecha, una copa de oro, llena del dulce Benaxila, y con la izquierda una linda corona de rosas y de amarantos, brindó de esta suerte:

—Señores: por la gloria literaria del soldado Miguel de Cervantes Saavedra, Príncipe de los ingenios españoles, que hoy, presidiendo este sábio banquete, nos honra con su presencia.

Los convidados fueron, uno tras otro, brindando por Miguel de Cervantes, el cual, con cara modesta, lleno de alborozo, daba á todos las mas espresivas gracias.

Entonces el doctor Zamudio de Alfaro, tomando la corona á Don Juan de Arguijo, y acercándose, con pasos y modos cortesanos, á Cervantes, le habló así:

—Erudito é ilustre soldado: los primeros escritores de Sevilla, aquí reunidos, te ofrecen esta corona de flores. Yo, aunque el último de todos, tengo la alta inapreciable dicha de sentarla sobre tus ardientes sienes. ¡Ojalá que nunca se marchiten sus lozanas hojas: ni se descoloren sus pintorescos matices!

Miguel de Cervantes reconoce al médico de Felipe II: le aprieta la mano: lo abraza: diciéndole al oido estas frases ternísimas.

—Señor doctor Alfaro: aquí teneis al Manco de Lepanto: al camarada de Jacinto Perea, de vuestro pobre enfermo: al soldado de la casa de la Padilla: á Miguel de Cervantes Saavedra.

Una deuda sagrada.

Todas las mañanas de los primeros años del último tercio del siglo XVI, un varon respetable, ya bien entrado en edad, de aire finísimo, ricamente vestido, viniendo por la calle de las Cabezas, despues de los Terceros, y hoy parte de la del Sol, pasaba por la puerta principal de la parroquia de San Roman, entrándose por la calle Enladrillada.

Las humildes gentes de aquel barrio fijaron en él sus escudriñadores ojos. Un curioso, que en tales casos nunca faltan, lo siguió una mañana: viéndolo penetrar, á la salida de la calle Enladrillada, en una pequeña casa de mano izquierda.

Avivado con esto mas y mas su ardiente deseo de saber quién era aquel personaje, cor-

rió á preguntarle á un amigo suyo, que vivia cercano, por los vecinos de la casa. El amigo le dijo, que en ella habitaba un matrimonio, muy anciano, al cual, todas las mañanas, hacia muchos años, venia á socorrer, con abundante limosna de metálico, un caballero, desconocido, alto y enjuto de carnes, y que á pesar de haberle preguntado varias veces al marido y á la mujer, que quién era aquel Señor, jamás le habian dicho nada. Con estas razones de su amigo, desistió nuestro curioso de su mugeril intento.

A los pocos meses, sin saber cómo ni por quién, vino á aclararse el oscuro misterio del hombre desconocido, el tenebroso arcano, que tanto habia aguijoneado la vehemente esquisita curiosidad de los sencillos moradores del barrio de San Roman.

Era el valerosisimo almirante Alonso de Chaves Galindo, parroquiano de San Pedro, el Real, que iba á la pobre casa de la calle Enladrillada, á pagar una deuda santisima, en los infelices padres de un generoso marinero de su galera, el cual por librarlo del tajante golpe de un machete enemigo, poniéndose por medio, pereció en un horroroso abordaje.

El sábio almirante Alonso de Chaves Ga-

lindo venia todas las mañanas á la casita de la calle Enladrillada, á socorrer, como se lo habia ofrecido antes de espirar, á los desvalidos padres de aquel heróico mancebo, que murió por salvarlo, y á probar, con su mismo ejemplo, que en los nobles corazones de la marina española arde siempre la viva llama de la gratitud y de la compasion.

Antonio Gomez Azeves.

Recuerdos Sevillanos.

Las cadenas de un cautivo.

Todas las mañanas de los años de 1541 y 1542, á los ocho, un clérigo, de arrogante figura y finísimas maneras, saliendo de la calle de los Beatos, hoy de Duque Cornejo, entraba en la parroquia de San Julian, por su puerta del lado de la Epístola. Despues de tomar, con mucha reverencia, agua bendita, dirigíase á los piés del retablo de Nuestra Señora de la Hiniesta, Patrona y Madre amorosísima de los infelices cautivos bajo la cruel cimitarra de los bárbaros Sultanes de Berbería. Arrodillado y en cruz estaba largo tiempo, orando devotamente. El cura párroco solia venir algunas ma-

ñanas, á saludarlo con mucho respeto y cortesía. Los sencillos vecinos de aquel barrio se llenaron de curiosidad.

Vino el año de 1543, y el sacerdote no volvió mas á la Iglesia de San Julian. Con esto se avivó sobremanera la vehemente curiosidad de aquellos humildes feligreses. Todas las mañanas lo esperaban ansiosos: pero en valde. El sacerdote nunca parecia, siendo para ellos un hondo y oscuro arcano.

A los cuatro años no cumplidos, (1547) cuando ya nadie se acordaba del Ministro del Altísimo, entró en San Julian, á la misma hora y por la misma puerta, acompañado de un hermoso mancebo, vestidos entrambos de penitentes. Traian en sus manos gruesas y retorcidas cadenas de cautivos, las cuales, cantando llenos de alegría un bellísimo himno intitulado: «Las cadenas del cautivo,» que el tiempo ha perdido infortunadamente, compuesto por el sacerdote, colgaron en el altar de Nuestra Señora de la Hiniesta.

Eran el beneficiado de la parroquia de San Andrés Fernando de Herrera (gloria de nuestro Parnaso) y un sobrino suyo, que habia salido, casi milagrosamente, de las horribles mazmorras de Tetuan por la tierna solicitud de la Virgen Santísima.

Las dos esculturas.

A las diez de la mañana de un hermoso dia de abril, del primer tercio del siglo XVIII, un clérigo, de finos modales, y dos caballeros, vestidos decentemente, llamaban á la puerta de una pequeña casa del barrio de Santa Marina, donde vivia un hábil escultor.

Una mujer vino á abrirla, dirigiéndolos al taller del artífice, el cual, ocupado en sus bellos trabajos, saludó amablemente á los recien venidos, y dándoles cómodos sitiales, les preguntó con tono afabilisimo.

—Señores: ¿en qué puedo serviros?

—No venimos juntos: aunque casualmente hemos entrado así: por llegar á un mismo tiempo al zaguan: contestó el eclesiástico.

—Bueno: pues diga, vuestra merced, lo que quiere: que luego lo dirán estos señores.

—Yo quiero, maestro, dijo el Sacerdote, una Santa Catalina, que tenga toda la verdad y la valentía que sabeis dar á vuestras aplaudidas obras.

—Mucho, muchísimo me favoreceis, Padre mio, con vuestras benévolas calificaciones. Contestó, risueño, el grave estatuario.

—¿Y vosotros, señores?

—Nosotros, dijo el mas anciano, queremos un Simon Cirineo para un Jesus de las Tres Caidas, donde luzcan la pericia y la severidad de vuestros ardientes cinceles.

—Gracias, caballeros, gracias por vuestros inmerecidos elogios. Una Santa Catalina y un Cirineo, continuó, son obras dificilísimas; pero veremos como salgo con ellas adelante. De aquí á seis m ses, tal dia como hoy y á la misma hora: porque tengo mucho trabajo atrasado, vengan, vuestras mercedes, y con el favor de Dios, ya estarán concluidas, pues no creo que la sábia doncella, mártir, que por su rara elocuencia cristianizó á cincuenta grandes filósofos gentiles, ni el varon fuerte que ayudó en sus duras fatigas al Rey del Calvario, me dejarán de ayudar á mí en tan árduas empresas.

El artífice, que es verdadero católico, recibe siempre del cielo la viva llama de la inspiracion y dul entusiasmo. Por el contrario, el artífice incrédulo, es lo mismo que la marchita arrugada flor de los campos, falta de lozanías y de matices. Las ardientes saltadoras chispas de la fé nunca lo inflaman. Jamás en sus creaciones, se vislumbra á Dios, ni al idealismo místico; sino á la tosca materia y á la grosera forma.

Mucho gustó al eclesiástico y á los dos caballeros el corto, pero sábio filosófico razonamiento del artífice.

A los seis meses, el mismo dia y á la misma hora prefijada, estaban á las puertas de la humilde casa del grande escultor Bernardo de Gixon, calle de San Luis, número 57, moderno, esquina á la de Macasta, el Cura párroco de Santa Catalina y el Teniente hermano mayor y el secretario de la hermandad del Señor de las Tres Caidas de San Isidoro: aquel por la *Santa Catalina*, que luce en el altar mayor de su parroquia, y estos por el arrogante *Cirinco* de su antigua piadosa cofradía.

Bernardo de Gixon al entregarles las esculturas con aire noble y franco les dijo:

—Señores: ya veis que sé cumplir mis palabras. Ahí están las dos creaciones. Las he trabajado con la conciencia de un artífice y el entusiasmo de un católico. La posteridad las juzgará.

Gambogáz.

Muchas noches de los inviernos de 1811 y 1812, cuando la valiente España luchaba contra el soberbio tirano de los reyes y de las naciones y no habia quedado en ella ni un palmo de terreno, libre de su brutal soldadesca solia reunirse en una cómoda sala baja de la rica

Hacienda-cortijo de Gambogáz, situada en la vega de Triana (1) alrededor de un hermoso bracero, lleno de grandes ascuas de leña de olivo, parte de una noble familia sevillana, que moraba calle de las Aguilas, número 16, moderno.

Formábala el colono, dos hijos varones, uno de nueve años, y otro de seis, y el capellan, el padre Espinosa, agustiniano, maestro interino de gramática latina del mayor.

Todos acérrimos enemigos de Napoleon Bonaparte, cuyas insolentes tropas habian por dos veces saqueado la hacienda, llevándose los granos, ganados y los aperos, y arrancando la mayor parte de los olivares, odiaban de muerte á los franceses.

Mucho los irritaba el verlos cercanos en un fuerte (el monasterio de la Cartuja), y mas el tener á dos escuadrones de artilleria volante, alojados en la Hacienda.

Para aminorar en lo posible tantos dolores y sufrimientos, buscaban dulces solaces, al amor de aquellas encendidas ascuas. El eclesiástico leia algunos trozos del Quijote, de Gil Blas de Santillana, del Picaro Guzman de Alfarache, de las fábulas de Iriarte y las de Sama-

(1) Usurpada al monasterio de Santa Maria de las Cuevas de Sevilla, órden de la Cartuxa, y vendida por el gobierno intruso del titulado rey de España José Napoleon I.

niego, de la historia de España del Padre Maria, de los anales de Ortiz de Zúñiga ó poesías del Parnaso Español, de Sedano ó del Correo de Sevilla, en cuyo estimable periódico habian escrito varios parientes favorecidos y amigos del acaudalado colono.

Algunas noches, ardiendo sus corazones en el santísimo entusiasmo de aquella época inolvidable, cantaban en coro, con voces apagadas, para no ser oidos por los artilleros franceses, el alegre himno:

Guerreros de Iberia,
Doblad vuestro valor:
Ni el sable repose;
Ni duerma el cañon.
El grito de guerra
Que España arrojó
Del Austria en los campos,
Resuena veloz.

Otras noches, el sábio religioso, comentando algun pasaje de la vida de Nuestro Salvador ó de la de su Madre Inmaculada, derramaba la buena semilla sobre los tiernos corazones de aquellos dos niños.

Las golondrinas, anidadas contra las vigas de los techos de bobedillas de la sala, al oir de la boca del sacerdote, los acerbos é inaguantables tormentos de su Criador y de su Bienhechora, sacando los piquillos de sus nidos pia-

ban amargamente. Aquellos inocentes y débiles pajaritos lloraban las crueles iniquidades de los judíos, que hicieron padecer tanto á las purísimas almas de Nuestros Redentores. ¡Grandísima enseñanza para el hombre impío, para el hombre que vive olvidado de su Dios!

Una mañana temprano, los asustadores truenos de los cañones de la vecina ciudadela (Cartuxa), y de los cercanos cerros de Santa Brída pusieron de pié á todos. Era la llegada del famoso General español Morillo, enmedio de su bizarro ejército, á las crestas de aquellos altos collados. Las balas de cañon silvando, cruzaban ligeras por cima de la hacienda de Gambogáz. Entonces el colono, para librar á sus hijos de trances tan peligrosos, tomando al mayor, y el padre Espinosa al menor, se dirigieron, á uña de caballo, á Sevilla, donde milagrosamente entraron salvos. Por esta amarga ocurrencia no volvieron mas á Gambogáz, hasta la ida de los franceses.

Tres de ellos, despues de haber tenido en el mundo honrosos cargos, ya no existen. El medio siglo que ha pasado, los hundió en el sepulcro. Solamente queda uno, próximo á la vejez, el muchacho de seis años, autor de este triste recuerdo.

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

Leonor de Valdelvira.

Era una oscura noche de invierno.

Toda la creacion dormia en sepulcral silencio. Sevilla, entre negras sombras, descansaba en regalado sueño. Solamente escuchábanse de tiempo en tiempo los tañidos melancólicos de los campanarios, llamando á coro á las monjas y á los frailes. Un gallardo mancebo, al pié de los altos miradores, con cuatro ventanas, sin rejas, de una casa plazuela del *Tardon*, paseaba lentamente. (1) Sombrero negro á la chamberga, con plumas rizadas, ferreruelo, guarnecido con preciosas bordaduras de seda, calzones de delicado paño, altas botas de piel de caballo, con borlas de hilillo de plata y espada de ebúrneo puño prendida de un fuerte cordon, formado de gra-

(1) Es la del número 25 moderno. La plazuela del *Tardon* siempre ha pertenecido á la parroquia de San Ildefonso. Por la nueva nomenclatura forma parte de la calle de los Boteros.

ciosas argollitas de oro, salpicadas de gruesos brillantes de la India, indicaban á cualquiera su rica y noble alcurnia. Al verlo, el hombre mas sencillo conoceria al momento que aquel ilustre jóven estaba aguardando la ocasion mas favorable y oportuna para entrar en algun lance amoroso.

A la escasa luz de un apagadizo farolillo que iluminaba el pequeño retablo de un *Señor del Silencio*, sacaba de cuando en cuando su aureo reloj ginebrino, y caviloso é intranquilo elevábalo para ver la hora con mas claridad y fijeza. En algunos momentos, puesta su mano en la frente y clavando sus ojos en los altos miradores de la casa, con bajos ecos esclamaba así:

«¡Ay! ya no sale la reina de mis amores, la mas perfumada flor de Sevilla, la diosa de la hermosura: ya no sale, pues ha pasado la hora de nuestra cita. Ella me dijo, con aquellos lábios de corales y de ambrosía, *á la una*, y acaban de dar las dos en la Giralda. Tal vez... yo creo... sí... sí... de seguro algun traidor me rodea. Ahora mismo voy á esconderme detrás de aquel monton de escombros. Pero seria baldon afrentoso. Echaria sobre mis claros y limpios blasones una negra mancha: si tal cosa hiciera. Un amante caballero no debe ocultarse jamás; sino *cara á cara* y *frente á frente* impávido esperar á su contrario. Si huyera de aquí, ¡con qué cobardía tan grande, con qué feo borron ennegreceria mi blanca prosapia! No: mil veces no: *antes morir, que ser cobarde*. Esta fué la noble

divisa, el orgulloso lema de mis mayores luchando contra la feroz morisma. Con ellos lucieron su valor y su bizarria en las sangrientas batallas contra los soberbios secuaces de la media luna.»

Al decir esto, apareció en la calle de los Boteros, una sombra algo retirada, la cual disipóse, como ligero vapor, confundiéndose en la honda tenebrosidad de la noche.

Creyendo, pues, el gallardo mancebo que soñaba, que la sombra qu habia visto cruzar era una vana ilusion, quedó inmóvil y tranquilo, en la misma actitud que tenia: pero bien pronto salió de su triste engaño. La sombra volvió á presentarse más cercana y perceptible que antes, y con rapidísimo tránsito paróse junto al postigo falso de la dicha casa. (1) Entonces el valiente jóven desenvainando su espada con mucha ligereza y denuedo, le pregunta:

«¿Quién eres, sombra altanera?»

«No soy sombra; le contesta una fuerte voz varonil; soy galan, que esta noche tengo una cita amorosa con la lindísima Leonor de Valdelvira, y estoy esperando que dé el reloj.«

«¡Bravo! Yo tambien tengo otra con la misma dama.»

«Pues en ruda lucha la tajante espada decidirá nuestra suerte. ¡Guai de ti!.»

«Bah, bah: no me acobardan tus amenaza-

---

(1) Véese en un rincon solitario de la referida plazuela del *Tardon*.

doras palabras, ni tus feroces anatemas. Pero, si... si... conozco tu voz.»

«Yo tambien la tuya. Poetas somos los dos.»

«Venga esa mano, Alcazar.»

«Tómala, Arguijo: tómala gran *Cantor del Guadalquivir*. El amor que nació en nuestra infancia, el cariño que meció nuestras vecinas cunas, nunca romperán nuestra sólida amistad. Los que, como tú y yo, pertenecen á una misma elevada gerarquía, nacen y viven en una misma poblacion, en una misma manzana y tienen un mismo gusto literario, no pueden, por más que hagan, romper jamás los dulces lazos de una leal correspondencia y de un trato delicioso. Por estos motivos prudentísimos entre nosotros no debe correr la sangre; sino si estuviéramos en otro lugar y á otra hora, el licor balsámico que apuraban los dioses del paganismo cuando en sus gloriosas zambras bebian en aquellos auríferos jarrones, en aquellas magníficas anforas, de las cuales nos hablan con tanto entusiasmo los historiadores y los poetas griegos y latinos.

No bien hubo Baltasar del Alcazar acabado de decir estas cariñosas y elocuentes frases, cuando los dos amigos sintieron pasos muy cercanos.

¿Quién va allá? pregunta Arguijo; con firme y robusto tono.

«Nadie:» contesta una voz dulce y melodiosa.

«Es un varon que viene á hablar cuatro palabras con la hechicera Leonor de Valdelvira.»

Muy fogoso é inspirado Arguijo, esclamó entonces de esta manera:

¡Con Leonor de Valdelvira!
¿Será verdad? ¡voto á brios!
Que esta dama es un tesoro,
Sin llave ni cerrador.
Mas ha citado esta noche
Que hasta Mallorca llevó
En su valiente mesnada,
Don Jaime, el Conquistador.

Adelantándose Baltasar del Alcazar, con espada en mano, para reconocer al recienvenido, encontróse con que este era D. Juan de Jáuregui, antiguo amigo y condiscípulo de entrambos.

II.

Los tres vates amigos quedaron burlados. La casa de la dama yacia tranquila: todas sus ventanas y sus puertas estaban cerradas. Nada interrumpia el frio silencio de aquella mansion de la hermosura. La linda Leonor de Valdelvira no se asomó por ninguna parte. Tristemente engañó á los tres humanistas. Tambien á los sábios se engañan.

Entonces Arguijo con desenfado les habló así:

«Ya pronto, Señores, el claro sol, con sus alegres luces, va á alumbrar las torcidas calles de Sevilla. Ya es hora de irnos al lecho. ¡Bueno ha estado el chasco! pero otros mas grandes suceden en la tierra»

No bien D. Juan de Arguijo hubo acabado de pronunciar estas palabras, cuando Baltasar del Alcazar, con su acreditada gracia y

ligereza, improvisó las dos jocosas redondillas siguientes:

Si es burla de su cosecha
¡Vive Dios! que no lo sé:
Pero truanesca fué,
Desde la Cruz á la fecha.

Hablando sin rabia ni ira,
En lacónico lenguaje:
Es loca de alto linaje
La dama de Valdelvira.

¡Bien, bien! esclamaron Jáuregui y Arguijo. *Viva el cantor de Ines. Viva el poeta de las gracias.*

Ya estaban los tres amigos para separarse: ya iban á despedirse, cuando el sesudo don Juan de Jáuregui habló á Alcazar y á Arguijo de esta manera:

«Esta noche, Señores, ha sido para nosotros amarga y fatalísima. En ella hemos visto á nuestro pesar, hemos conocido palpablemente la ligera veleidad de nuestras damas, á las cuales de graves que eran, las han vuelto locas y estravagantes esas costumbres germano-gálicas que por desgracia van arraigándose entre nosotros.

Una señora española de este incalificable siglo en nada se asemeja, nada tiene de comun con la del de los Juanes y de los Enriques, venturosos reinados, de delicadeza cortesana. Por esto carecemos ahora de poetas como los Menas, los Padrones, los Macias y los Santillanas que las ensalzen y las inmortalizen. Solamente ¡parece mentira! el grave Fernando de Herrera, el ingénuo Juan de la

Cueva y el noble Gerónimo de los Cobos, tienen hoy el incomprensible gusto, el incalificable humor de cantar en nuestra Sevilla con vigorosas trompas, á la esquiva Eliodora, á la ingrata Felicia y á la dura Aminta. (1)

III.

Reunidos aquella misma noche los tres amigos en la tertulia literaria de la casa del docto Hernando de Leon (2) situada en la calle del Cristo de San Martin, hoy parte de la de Lepanto, la cual era un numeroso Ateneo de los muchos prosistas y poetas que en aquella feliz época florecian en Sevilla, supieron por los mismos lábios de Mateo de Alemán la historia del chasco que la noche anteriorn habia recibido de la bellísima Leonor de Valdelvira, cuya historia, yendo de paseo al Humilladero, (la Cruz del Campo) se la habia contado aquella misma tarde Pedro de Medina Medinilla.

Leonor de Valdelvira llamada á Indias, por un tio suyo, hermano de su viuda madre, que era Presidente de una de nuestras mas ilustres é importantes Audiencias territoriales de aquellos riquísimos y ya perdidos dominios, viéndose pretendida, á un mismo tiempo por los referidos tres jóvenes aristócratas y grandes poetas, discurrió, el dia antes de su salida de

(1) Poco despues de esta ocurrencia contrajo matrimonio D. Juan de Arguijo con la ilustre señora sevillana doña Sebastiana Perez de Guzman.

(2) Este insigne clérigo presbítero, agregado á la iglesia parroquial de San Martin, era íntimo amigo del sapientísimo maestro Diego de Giron, y uno de sus albaceas testamentarios

Sevilla para Cádiz, el chasco que les habia de dar. Citó á los tres, para aquella noche entre la *una y las dos*. Ya no estaba en Sevilla. Habia salido por la mañana á las ocho con su madre para Cádiz, en una silla de posta, para embarcarse en este puerto, dejando su casa vacía y cerrada. Leonor de Valdelvira al despedirse de Sevilla su patria, quiso chasquear á las letras, como ya habia muchas veces chasqueado á las armas: ¿á quién no chasquea la hermosura?

Llegada con su madre á Indias, fué recibida por su insigne tio y por toda su familia con las señales más marcadas de amoroso cariño. Leonor de Valdelvira, como habia sido en su patria, fué en Indias, la Virgen de la hermosura, la Diosa de la belleza. Tuvo varios poderosos aspirantes á su mano, entre ellos un Vi rey de Méjico, y una caudalado marqués de la provincia de Buenos-Aires: pero Leonor de Valdelvira, conociendo que la belleza se marchita con los años, como las flores con los vientos, tomó por el triste velo del siglo, el alegre velo del claustro, en un austero convento de monjas del reino del Perú, donde siendo vivo ejemplo de virtudes y de penitencias, murió víctima de su ardiente caridad, asistiendo á sus hermanas, atacadas de una horrible mortífera epidemia.

Leonor de Valdelvira no morirá jamás en la memoria de los amantes de la virtud cristiana, ni en la de los admiradores de la belleza andaluza.

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

A Rey muerto: Rey puesto.

Eran las siete de la noche de uno de los últimos dias del mes de enero de 1458. Sevilla, violentamente combatida por las sanguinarias parcialidades, por los irreconciliables bandos de los poderosos duques de Medina-Sidonia y de Arcos de la Frontera, presentaba la belicosa vista de un estendido campamento. Las puertas de todas sus casas, cerrándose á la vez, hacian con el agrio rechinamiento de sus goznes, y de sus cerrojos, una pavorosa cadencia, un espantoso ruido. Algunos farolillos, amarrados de trecho en trecho, á las rejas de las ventanas altas, esparcian sus tibios, inciertos

y fatídicos rayos de luz, á través de las oscuras sombras. Veinticuatros, jueces y ministriles, cuadrilleros de la Santa Hermandad, soldados de á pié y de á caballo y tropas de paisanos armados, cruzaban ligeros por las plazas y por las calles gritando con rabiosas voces: *á las armas: á las armas*. Este era el general y desaforado clamoreo que á aquella hora se oia en todos los barrios de Sevilla.

Por la calle de Matahacas hácia la del Socorro, collacion de la parroquia de San Roman, iban presurosos dos adalides, vestidos de *punta en blanco*, los cuales por su noble aire y por la riqueza de sus armaduras revelaban pertenecer á ilustres y acaudaladas familias. Tapábanse los semblantes con caretas de delgados alambres de acero, tachonadas de puntiagudos clavitos de oro, capas de régia escarlatina caian airosas de sus hombros y á sus cinturas llevaban ceñidas lujosas espadas de Toledo, de huecos y primorosos puños.

Cuando llegaron fronteros á la puerta principal de la Iglesia de San Roman, el uno acercándose al otro en voz alta y briosa le pregunta:

—¿De quién eres?

—De quien he de ser; le contesta con dignidad y entereza: yo soy, prosigue, del de Arcos.

—¡Del de Arcos!

—Sí: del de Arcos. ¿Te has asombrado?

—Pues yo soy del de Medina, que es un Señor muy compasivo y ama con el corazon á sus vasallos.

—¡Mientes, bellaco! no es compasivo. Ultraja á los plebeyos con sus insoportables gaveias, con sus tiránicos desenfrenos. Atropella las leyes. Búrlase de la justicia. Es un cruel enemigo de los menesterosos.

—¡Voto á cribas! que si hablas siquiera dos palabras más contra el caballeroso duque de Medina Sidonia, desenvaino mi cuchilla y te hago pedazos: te descuartizo.

—¡Guai de tí, malandrin! ¡pedazos á mí... descuartizarme! ¡Bah, bah! Desenváinala, altanero, que yo tengo ya la mia al aire libre, aguardando los empujes de tu bravura, los arranques de tu ira: *al combate*: *al combate*.

Al acabar estas valientes razones, tirando al suelo con delicadísima elegancia la rica careta que traia, descubrió un angélico rostro de mujer, en el cual las rosas habian puesto sus tintas, los lirios su blancura y Venus sus encantadoras gracias. Como el blando rocío de la mañana, cayeron sus largos y negros cabellos sobre la luciente y bruñida coraza de acero, ribeteada de caprichosas planchitas de oro, sus perfumados rizos velaron sus lábios de claveles y sus ojos se encendieron de entusiasmo.

Era una docta, ilustre y rica Señora sevillana; una valentísima amazona, la cual con su influencia, su pluma y su espada sostenia, fiel y constante, la poderosa parcialidad del Duque de Arcos de la Frontera, su cercano deudo. Vestida de guerrero, como habia hecho en otras ocasiones, salió de su hermoso palacio á las primeras señales de alarma, en

busca de su esposo, afiliado tambien al mismo partido; para juntos peleando, *vencer ó morir.*

El gallardo paladin, reconociéndola, sorprendido hasta lo sumo, quitándose tambien la careta y poniendo la rodilla en tierra le espli ca su pasmo así:

«Alta Señora, ¡qué lance este! Vos aquí, vestida con la cota de malla, la coraza, la careta, y ciñendo una pesada tizona toledana!

«Con ese brillante casco,
En vuestra sien purpurina,
Triunfareis de Marte y Venus,
En las lides más reñidas.
Yo desde agora, os ofrezco
Mi poder y hasta mi vida:
Voy á defender al de Arcos;
Aunque manche mi hidalguía.

«Pues sígueme. vente conmigo. Vamos á buscar á mi esposo. Esta noche, luchando contra los Sidonios, venceremos ó moriremos á su lado.»

Entonces el airoso doncel, poniendo la mano derecha sobre el lindo encrustado puño de su espada con grave y vehemente voz le dijo:

«Alta Señora; esta noche triunfaremos ó espiaremos juntos. Os lo juro, á fé de antiguo caballero, de hijo-dalgo notorio ¿Cuál gloria hay mayor en el mundo, para un preclaro paladin, para un noble sevillano, como la de morir peleando junto á una dama, tan hermosa como vos.»

Por la calle del Socorro, la de la Yniesta y la parroquia de San Julian, atravesando por éntre cuadrilleros de la Santa Hermandad, de soldados ginetes y peones, que corrian furiosos de aquí á allí, fueron nuestros dos combatientes á la puerta de Córdoba, cerca de la que, en los anchos callejones, que forman los muros circunvaladores de Sevilla, entre aquella y la del Sol, los dos bandos enemigos pugnaban cuerpo á cuerpo en horrible y sangrienta lucha. Los arqueños, sorprendidos fieramente por los medinos, habian dejado en el campo de batalla sus mas valientes caudillos, sus mas esforzados capitanes. El estampido de los arcabuces, el rechinamiento de las espadas, el sonido de las lanzas, el crujir de las armaduras y sobre todo los agudos lamentos de los heridos y el murmurar apagado y fatigoso de los moribundos hácia una triste y fatídica consonancia.

El gentil mancebo, por medio de la sangre y de la muerte, conducia á la valiente dama de la mano. Entrambos oyeron, entre la tenebrosa oscuridad, unos quejidos cercanos, los cuales decian de esta manera:

Guiomar: dulce Guiomar: Esposa mia. *Adios*... El Padre de las Misericordias te libre de mal, dándote mejor suerte que á mí. El Cielo te consuele y te auxilie en tu temprana viudez. *Adios*!»

«¡Qué escucho, Dios mio! Esta es, continuó, la agonizante voz de mi esposo: la voz de mi Jaime. ¡Ay! sosténme, buen caballero: sosténme, que...»

Al llegar aquí doña Guiomar, cayó al suelo, desmayada. Entonces el forzudo paladin, tomándola entre sus brazos la trajo á su palacio, entregándosela con mucho recato y amabilidad á una hermana soltera de nuestra heroina, llamada doña Sancha, la cual recibióla, llorando á mares. La hermosa doña Guiomar parecia en aquellos fatales y desconsoladísimos momentos, una lozana azucena, marchita por la abrasadora furia de los aquilones.

Con la velocidad del rayo, vuela nuestro doncel por D. Jaime al lugar del fiero combate. Pero llegó tarde. Ya aquel malhadado caballero habia muerto, por una profunda herida de lanza en el vientre. Cargado, pues, con su frio cadáver tambien lo trajo á su palacio, donde lo recibió la misma doncella afligida.

Entretanto auxiliada doña Guiomar por un famoso discípulo de Juan de Aviñon, (1) ya habia vuelto de su cruel desmayo.

—¿Dónde está mi esposo? ¿Dónde está mi libertador?

Estas fueron al volver en sí sus palabras. El esposo ya estaba en la eternidad, como hemos visto, víctima caballeresca de su nunca manchado honor y de su próximo parentesco con el Duque de Arcos de la Frontera.

El ilustre jóven D. Jaime vivia feliz, al lado de su buena y hechicera consorte, rodeado de inmensos bienes de fortuna. Amante de las

(1) Autor de la sapientísima obra intitulada: *Medicina Sevillana*, la cual comentó el inolvidable doctor Nicolás de Monardes.

letras, protegia á manos llenas á los varones que las cultivaban, teniendo en su alegre palacio á varios de los primeros escritores, que en aquella época florecian en Sevilla. Esposa, blasones, tesoros, esp ranzas, vida: todo, todo lo habia perdido prematuramente. ¡Bandos políticos: banderias de familias, siempre habeis traido al mundo estas venturas! Brutos de las revoluciones: adalides de las revueltas: vuestras bocas están rebosando hiel, y vuestras horribles vestiduras estan empapadas en sangre! maldicion á vuestra infernal memoria!

El gallardo mancebo D. Rodrigo, que este era su nombre, sin apartarse ni un instante del triste lecho de doña Guiomar, le prodigaba con afabilísimo cariño, todos los auxilios necesarios para su total restablecimiento

¡Noble jóven, le decia la dama á menudo, cuánto has pasado por mí esta noche! Pero... mi Jaime: ¿dónde está mi Jaime? Decidmelo: decidmelo...

Dirigiendo sus lánguidos ojos alternativamente a su hermana dona Blanca y al doncel D. Rodrigo.

Súpolo al fin por los mismos lábios de su hermana doña Blanca. Fuertes y profundos suspiros ahogaron su garganta de rosas y un diluvio de lagrimas inundaron sus arabescos ojos.

Hizose al dia siguiente el suntuoso y concurrido entierro de D. Jaime. Con magnífica pompa fué llevado su soberbio ataud, en hombros de los mas preclaros caballeros, al antiguo panteon de su nobilísima familia fundado

por sus mayores, Almirantes celebérrimos, gloria de nuestra España, en uno de los mas hermosos conventos de Sevilla, que la ruda piqueta de las revoluciones ha demolido por completo. Allí, sobre lindísimo pedestal, de mármol de Corinto, encerrado en una urna cineraria de rico alabastro, esperaria la resurreccion de la carne, si los trastornadores de hoy no la hubieran hecho pedazos; si los anarquistas de hoy no hubieran perturbado su místico silencio.

Visitada diariamente la bellísima doña Guiomar en su palacio por D. Rodrigo, fué sin saber cómo aficionándose poco á poco á aquel bello é ilustrado jóven, modelo de caballerismo y de hidalguía sevillana. No pasaron diez meses sin que el ministro del Altísimo uniera con fuerte y eterno lazo á dos corazones que se amaban con delirio. Doña Guiomar hermosa como Venus, tirando el velo negro dejó de ser viuda. *A Rey muerto: Rey puesto.*

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

Roberto el anglicano.

Un dia de la primavera de 1586, entro el famoso maestro Diego de Giron, cerca de oraciones, en una de las mas pobres y solitarias iglesias parroquiales de Sevilla. La amortiguada luz, que salia de una capilla, contigua á la del Sacramento, llamó su atencion. Acercóse á su reja y vió, sobre un andrajoso paño negro, sembrado de viejas gotas de cera, un mezquino atahud, dentro del cual estaba tendido el desgarrapado cadáver de un anciano.

Lo triste de la hora, el hondo silencio de la iglesia, interrumpido solamente por el mo-

nótono crujidero de las polillas, y sobre todo la imponente vista de aquel cadáver, en cuyo alrededor habia algo de misterioso, levantaron su pensamiento á la contemplacion de la eternidad.

Hincado de rodillas ante el altar mayor, comenzó á orar por el alma del difunto. No léjos dentro de la sacristía, el cura párroco, sentado en un sillon de baqueta á la luz de un farolillo, leia con afan en un libro de pergamino en folio. Movido de curiosidad, el maestro Giron levantándose y acercándose al párroco que habia sido su discípulo de *Retórica*, le dijo:

—¿Qué lees?

—Maestro, le contestó el cura: la vida curiosa y extraordinaria de ese infeliz difunto, que está de cuerpo presente en aquella capilla.

—¡La historia de ese oscuro anciano! ¡Vaya! ¿Quieres chancearte conmigo? Ese pobre viejo no puede tener historia digna de leerse.

—Pues la tiene, maestro. Aquí está en este libro, escrita de su puño y letra, en lengua latina, anglicana y española.

—Y ¿cómo ha venido ese libro á tu poder?

—Él mismo me lo dió, poco antes de morir, diciéndome:

«Señor cura: nada poseo ya en la tierra que pueda ofreceros en mis últimas horas, en testimonio de mi gratitud y mi reconocimiento á los paternales beneficios que me habeis hecho, sino este precioso libro. Tomadlo. En él, he escrito en tres idiomas la narracion de mi triste vida. En ella vereis, á las claras, la volubilidad caprichosa y las grandes peripecias de la fortuna.

Al acabar estas últimas palabras, dando un profundo ¡ay! espiró entre mis brazos.

—¿Quién era este hombre?

—Un mendigo, conocido, hace mas de treinta años, en esta collacion, por el nombre de *Roberto el anglicano*, por ser natural de Inglaterra.

—Y ¿qué dice su historia?

—Leedla, y lo vereis.

Entonces el docto maestro Diego de Giron, tomando el libro en sus manos, comenzó á registrarlo con ansiedad. Llamáronle mucho la atencion ocho sublimes disticos latinos, que tenia en su preciosa portada, compuestos por el *anglicano*.

—¡Ah! esclamó, dándose una palmada en la frente. Ya recuerdo, ya recuerdo. Este infeliz, segun mi maestro Juan de Mal Lara, con quien tenia una seguida correspondencia epis-

tolar, fué uno de los mas sabios literatos, de los mas eminentes latinos de Inglaterra. En varias ocasiones nos lo citó en su aula de retórica, diciéndonos:

«En Inglaterra florece hoy un rico caballero, amigo mio, perteneciente á la más alta nobleza sajona, el cual, aficionadísimo á la literatura latina, sabe interpretar profundamente á Virgilio, á Horacio, á Tibúlo, á Ovidio, á Ciceron, á Tácito y á todos los demás buenos escritores romanos.»

Siguiendo el maestro Giron en la lectura de aquel estimable manuscrito, encontró, con gran contentamiento suyo, por epigrafe al frente de uno de los capitulos, ocho versos latinos, sacados de su hermosa *Elegia*, en la muerte de su primera mujer Luisa de Graxera, hermana de Maria de Ojeda, viuda del maestro Juan de Mal-Lara (1).

---

(1) A las noticias biográficas que hemos dado de este eminente literato en el tomo cuarto de la *Revista*, se puede agregar:

El maestro Juan de Mal-Lara de su matrimonio con doña Maria de Ojeda tuvo una hija, llamada doña Gila de Mal-Lara, mujer legítima de D. Juan Caro de Consuegra. Tuvo tambien una hermana, llamada doña Catalina de Saucedo, cuyos hijos fueron llamados a la capellania de Gila Mal-Lara. Entre

Por el verídico relato de aquel libro, salpicado de bellísimas poesías latinas, inglesas y españolas, *Roberto el anglicano* habia sido uno de los mas poderosos é ilustres personajes de la córte de Lóndres. Viajando por Europa, Tierra Santa é Indias occidentales, con el séquito y la pompa de los reyes, habia conocido y tratado á todos los mejores prosistas, poetas y artífices del mundo.

Las envidiosas intrigas cortesanas lo proscribieron, confiscándole todos sus inmensos tesoros. Su hermosa mujer acabó sus dias en un cadalso, y sus cuatro pequeños hijos murieron en la cárcel. Huyendo de la muerte, á que tambien fué condenado por el mismo inicuo tribunal, vino á refugiarse á la hospitalaria Sevilla, donde viviendo en la oscura condicion de pordiosero, salvóse de las manos alevosas

---

sus discípulos se cuentan el Cardenal Arzobispo de Sevilla D. Rodrigo de Castro, el maestro Diego de Giron y Francisco Martinez. En Salamanca oyó las lecciones de los famosos humanistas Leon de Castro, Juan del Caño, y Miguel de Palacios. Tambien oyó allí al comendador Hernan-Nuñez Pinciano, llamado el *Comandante*. En Barcelona asistió al aula de *Retórica* del célebre maestro Francisco de Escobar, que con grande aplauso habia enseñado en Paris y en Roma.

de sus sangrientos perseguidores. El mendigo *Roberto el anglicano* era, como nuestro Antonio Perez, un claro espejo de las duras vicisitudes, de las crueles variaciones de la vida humana.

A las once del dia venidero, el maestro Giron y muchos otros humanistas hispalenses, asistieron á los funerales de *Roberto el anglicano*. Sepultáronlo en decorosa tumba, en el suelo de la capilla mayor, junto á las gradas del presbiterio, sobre la que en rico medallon de mármol blanco, el maestro Diego Giron puso un elegante epitafio latino en verso, que los siglos han borrado. En él esponia ligeramente los principales sucesos de su vida y sus raras desventuras.

El párroco regaló á su maestro aquel precioso autógrafo, intitulado: *Vida de Roberto el anglicano*. Diego de Giron guardólo cuidadosamente entre sus más curiosos libros inéditos. Perdióse, como todos los suyos, en su fallecimiento, acaecido en Sevilla, su pátria, el dia 24 de Enero de 1590, sin que despues nadie haya sabido de su paradero.

La campana de Cartuxa, llamada Espanta-arbures.

Tocando, como el arpa de los Angeles, una campana celestial hasta ahora treinta años, derramaba por los campos de Ossethania sus clamorosos ecos. Escuchábanla atenta y respetuosamente Sevilla y Santiponce, Camas y Aznalfarache. Ella, en medio de la noche, llamaba á coro á los monjes cartuxos y suspendia la marcha del viajero para que loara al Señor: ella rompia el sueño del mareante del Guadalquivir, y acariciaba al moribundo en los últimos alientos: ella, en suma, era la balsámica voz de la Providencia, la consoladora de todo· los afligidos. ¡Oh! ¡cuántas y cuán piadosas generaciones la oyeron con religioso júbilo!

—¿Dónde está?

—Arrancada de la torre y vendida á bajo precio, vese hoy en tierras extrangeras y anticatólicas, sirviendo para usos profanos.

—¿Quién la vendió?

—La que nada de lo antiguo ha respetado.

—¿Cuándo volverá?

—Solamente Dios puede saberlo.

Campana misteriosa: en mi niñez, al lado de mis dulces padres, te oí muchas veces desde Gambogáz (1). Todavia resuenan en mis oidos bajando hasta el fondo de mi corazon tus melancólicos sones. Estés donde estés: vayas donde vayas: sirvas para lo que sirvas: yo te saludo con ardoroso entusiasmo.

Antonio Gomez Azéves.

---

(1) Vulgo Campogáz.

Recuerdos Sevillanos.

Las paredes oyen.

I.

El martes 4 de Junio de 1652, á las doce de la noche, en la calle de Tinajas, collacion de la parroquia de Omnium Sanctorum (vulgo barrio de la Feria) bajo la ventanilla alta que hay antes de la casa número 1.°, moderno, Sebastian Hernandez, vagamundo aguardientero, hijo de la Feria, uno de los mas rabiosos é in-

---

NOTA. A las noticias biográficas del Maestro Juan de Mal Lara que publiqué en el recuerdo de Roberto el anglicano debo añadir las siguientes:

«Sus padres se llamaban Diego de Mal-Lara, pintor de crédito, y Beatriz Ortiz, los cuales bastantes ancianos, vivian en Sevilla en 1563.»

solentes amotinados, hablaba en voz muy baja con su antiguo camarada Francisco Portillo y otros proletarios de su mismo bando, diciéndoles:

«Ahora muchachos, vamos á matar á todos los cornudos, á todos los ricos de Sevilla, que viven en medio de las abundancias y de los placeres.

—Sí: por supuesto, Sebastian, le contestó Portillo. ¡Buena se la tiene armada nuestro gefe el doctor Filgueiras! De esta hecha ninguno escapará de nuestras manos: todos van á largar el pellejo.

—¡Bribonazos! ¡ay de ellos! esclamó con tono destemplado y agrio, uno de narices cuidas: van á pagar todas juntas las que nos deben. Ya verá *Escupe-doblones*, el Señoron del barrio de Santiago, el Viejo, como le domamos la altanería. ¡Valiente hombre! pues no se ha creido el muy pícaro que somos los pobres plebeyos, negros de Guinea, segun lo malamente que nos trata cuando trabajamos en sus casas, en sus cortijos ó en sus haciendas! Ya verá él lo que le espera mañana en la noche.

—Corramos, corramos, dijo el vagamundo aguardientero, á derribar el gobierno de los tunos, que nos vende el pan a seis reales la

hogaza y todo lo quieren para ellos y nada para nosotros.

—¡Viva el Rey y muera el mal gobierno! Esclamaron todos juntos á una voz, sacando al aire sus puñales y sus dagas.

II.

Una vieja, llena de asombro, habia estado escuchando, desde la consabida ventanill , toda la horrible conversacion, toda la trama infernal de los perversos. Movida la buena anciana por el cristiano deseo de salvar la vida de su bienhechor *Escupe-doblones*, hombre piadoso y rico, el cual vivia en la plazuela de San Leandro, esquina á la calle Imperial, (1) en cuya hermosa casa estaba una hija suya, sirviendo de costurera, olvidando sus años, sus achaques y la turbulenta situacion de Sevilla en aquella horrible noche, fué á avisar prontamente á *Escupe-doblones* del gran peligro que corria su vida, por lo que acababa de escuchar de los inmundos lábios de la embravecida ple-

(1) Es la casa principal de la calle del Cardenal número 11, moderno, collacion de la parroquia de Santiago el Mayor, vulgo el Viejo.

be, al pié de la ventanilla de su habitacion. *Escupe-doblones* regalóla abundantemente por su buena noticia y su santa obra, haciéndole que se quedara en su casa.

III.

Eran las once de la noche siguiente.

La luna, entre oscuras sombras, ocultaba su pálido semblante. Un sordo murmullo, como el que hace el aire cuando agita las hojas de las selvas, oíase dentro de los muros de la desventurada Sevilla. Todo era luto y llanto, ayes y sollozos. Los frailes y las monjas, entonando en sus coros, solemnes cánticos, pedian á Dios templara ya su ira.

El infame Sebastian Hernandez el aguardientero, seguido de una turba numerosa de malvados, presentóse delante de la casa de *Escupe-doblones*, gritando con descaro y desaforadamente así:

—*Escupe-doblones*, gran cornudo, abra V. la puerta de su casa, que venimos á hacerle una larga visita. Cuidado, que si no la abre por la buena le vamos á pegar fuego.

Una nutrida y certera descarga de arcabu-

cería fué la única justa contestacion que dió *Escupe-doblones* á tan insolente mandato. Los truanes atemorizados, huyendo para salvar sus vidas, en todas direcciones, dejaron unos muertos y otros heridos en la plazuela de San Leandro á diez de sus viles cómplices.

Entonces nuestra buena vieja colmada de alborozo, saliendo con un farolillo encendido en la mano, á una de las anchas ventanas altas de la casa, les dijo de esta suerte:

—¡*Malditos: las paredes oyen: No: no matareis á Escupe-doblones: pues Dios lo salvará de vuestras rabias y de vuestros puñales!*

La mesa del Rey.

En los primeros años del último tercio del siglo XVIII, á las doce de la noche del dia despues que se ejecutaba alguna justicia en Sevilla, cuyo reo era condenado por ladron en cuadrilla á que sus cuartos colgáranse en los caminos, un hombre alto y airoso, cubierto con un ropon negro, saliendo por la puerta de Carmona, pasaba por la alcantarilla de las Madejas, dirigiéndose hácia la Cruz del Campo.

Las horas, los sitios y la magestad con que

caminaba fijaron la atencion de un celoso Cuadrillero de la Santa Hermandad, que vivia junto al monasterio de San Benito.

Una de las noches siguiólo á larga distancia. Llegado el hombre del ropon negro á la Cruz del Campo, arrodillóse y estuvo orando breve rato. Mas avivada con esta ocurrencia la curiosidad del Cuadrillero, sin ser notado, prosigue siguiéndolo.

No lejos de la *Mesa del Rey* (1) comenzó el personaje desconocido á rezar con tono bien inteligible *Padre Nuestros* y *Ave Marias* de *Requiem*. Nuestro Cuadrillero favorecido por los paralelos contiguos olivares, á su sabor lo iba espiando. El personaje, hincado de rodillas á los pies de la *Mesa del Rey* estuvo mas de media hora en profunda y religiosa meditacion.

Levantóse, apoyó sus manos en los bordes de la *Mesa*, besóla tres veces y santiguándose se volvió atrás por el mismo camino que habia llevado.

Adelantándose el Cuadrillero con el decidido

(1) Formada de un durísimo banco de argamasa, en la que en aquella época y mucho despues, descuartizaban á los ajusticiados por ladrones cuatreros. Está sobre la mano izquierda del camino real de Madrid, cerca de la venta de Amate, a media legua corta de Sevilla.

intento de saber ya, quién era; lo esperó en el puente del arroyo del Tamarguillo, mas acá de la Huerta de Ranillas.

Al acercarse el personaje, poniéndose en medio del camino, le dijo:

—¡Alto allá!

El hombre desconocido, paróse con fria calma, esperando tranquilo el desenlace de aquella estraña aventura.

—¿Quién sois?

—Aproxímate y lo verás.

Entonces el Cuadrillero, dando algunos pasos hácia el hombre del ropon negro, el cual ya lo habia tirado al suelo, conoció lleno de sorpresa, al sábio señor D. Gaspar Melchor de Jovellanos, Alcalde de la Cuadra del Crimen de esta Real Audiencia de Sevilla. (1) Turbado con su raro encuentro, le dijo humildemente:

—Siento en el alma, Señor, haberos incomodado y ofendido. Pero perdone V. S., pues no he hecho mas sino cumplir con mis sagrados deberes de Cuadrillero de la Santa Hermandad.

—No lo sientas. Tú has hecho lo que debes como Cuadrillero de la Santa Hermandad. Yo

(1) Tio de mi difunto padre el señor D. Juan Lorenzo Gomez del Robredo

voy á hacer ahora lo que me manda la noble y generosa sangre cántabra que circula por mis venas.

Sacando de su bolsillo una onza de oro se la entregó, añadiéndole:

—Adios, buen Cuadrillero: cumple siempre así en el servicio público y serás amado de tus Alcaldes y de tus Provinciales. Adios.

El cuadrillero, haciéndole respetuosas cortesías, obedeció retirándose prontamente.

Como hemos visto el ilustre señor don Gaspar Melchor de Jovellanos, durante el tiempo que estuvo en Sevilla de Alcalde de la Cuadra del Crimen tenia la piadosa costumbre de ir como cristiano católico, á la *Mesa del Rey* á pedir á Dios por el descanso eterno de las almas de aquellos, que, como recto juez, habia condenado por sus delitos á la última pena. ¡Devocion laudibilísima, que honrará eternamente su buena memoria.

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

La Casa de la cantimplora.

I.

Sevilla es una rica leyenda. Los siglos, las razas han ido dejando en ella marcadas señales, manifiestas semblanzas, claros monumentos de sus ciencias, de sus artes, de sus leyes, de sus costumbres y de sus creencias religiosas. Sevilla fenicia: Sevilla griega: Sevilla cartaginesa: Sevilla latina: Sevilla goda: Sevilla sarracena y últimamente Sevilla cristiana: presentando á la vez los varios tipos y los encontrados gustos de estos pueblos famosos, es; vuelvo á repetir, una palpitante y continuada leyenda.

Cuando á los conquistadores, bien por la feracidad del suelo, la dulzura del clima, ó la mansa índole de los habitantes, les agradan los territorios, que someten al dominio de sus espadas, van, poco á poco, asimilándose con sus costumbres, con sus apetitos y con sus necesides, de tal manera, que llegan con el tiempo á confundirse, formando una sola familia con ellos. Vencedores y vencidos son ya todos unos, Ya no hay diferencias, ya no hay privilegios, todos son iguales. Verdad muchas veces testificada por la historia de las edades, por la crónica de los descubrimientos y de las conquistas.

En la collacion de la iglesia parroquial de Santa Cruz, de Sevilla, demolida por los franceses en 1810, bajo la direccion del famoso aniquilador Mr. Mayer, de execrable memoria, cercana á la misma hay una solitaria plaza, llamada de los Refinadores, donde el corazon, menos lastimado por los infortunios, entrégase involuntariamente á la tristeza y á la melancolía. Las hortigas, las malvas y los jaramagos crecen en su suelo. Defiéndenla por Oriente antiguas robustas murallas, erigidas por los romanos, y restauradas por los sarracenos durante sus largas dominaciones. Humildes casas la cercan por los otros lados.

Como embutida en un rincon de esta plazuela mírase una casa (la del número 7 moderno), ya olvidada de todos por el ligero paso de los siglos. Ni portadas, ni columnas, ni pilastras, ni blasones la embellecen. En ella no lucen la arquitectura, ni la heraldica sus bellas galas. Solamente de un balcon y del pretil de la azotea, ambos encima de la puerta, compónese su pequeña fachada.

Esta casa, como otras muchas que Sevilla todavía conserva salpicadas aquí y allí, es una curiosa antigualla. Pertenece á las que Don Alonso el Sabio, el dia 1.° de mayo de 1291, repartió entre los doscientos caballeros campeones de la valiente mesnada que su Santo padre trajo á la conquista de Sevilla. En el siglo XVI y en el XVII le llamaba el vulgo *La Casa de la cantimplora*. (1) En ella vivió hasta su muerte, ocurrida el dia 1.° de Setiembre de 1657, la hermosa jóven, la gentil señora doña Ana de Arguijo, la cual unia al lustre de su prosapia, unos talentos y unos estudios nada comunes. (2) Bajo los techos de su casa, co-

(1) No he podido averiguar el verdadero orígen de este estraño nombre, ni el año que comenzaron á dárselo.

(2) Parienta del gran *Cantor* del Guadalquivir Don Juan de Arguijo, Veinticuatro de Sevilla, mari-

mo en sabio Ateneo, congregábanse diariamente para tomar unos de otros luminosas enseñanzas y doctisimas reglas, todos los buenos prosistas, poetas y artífices que entonces florecian en Sevilla, á los cuales trataba doña Ana con el mas delicado cortesanismo.

Por las noches concurrian á su tertulia las más nobles y elegantes damas de Sevilla. En ella, la gentil Sancha de Alba, la hermosa Ines de Armenta, la hechicera Blanca de Lara y la bella Leonor de Silva, lucian gallardas sus embelesadoras gracias, sus divinales atractivos. Pero entre todas sobresalia la lindísima doña Ana de Arguijo, la cual era la pintada rosa de los prados, el blanco lirio de la Ossethania. Tan amable como ingénua, tan modesta como sabia, era la esperanza de sus deudos y el galardon mas rico de Sevilla. El poeta Diego Mexia, aficionado á Ovidio, la amaba secretamente, comparándola á sus solas, con la graciosa Julia, cuyos fatales amores llevaron al Ponto, á aquel infortunado vate. Francisco de Rioja estaba en el secreto. A él únicamente le hablaba Mexia de doña Ana, refiriéndole y ha-

---

do de doña Sebastiana Perez de Guzman. Murió soltera. Fué sepultada al dia siguiente 2, en la bóveda de la Hermandad Sacramental de la dicha iglesia de Santa Cruz.

ciéndole patentes las vivas ansias que sentia dentro de su corazon por poseer su mano.

II.

Era una hermosa noche del mes de abril. La luna reverberaba sobre la pintoresca Giralda. El Guadalquivir corria lentamente. El aire apenas mecia las flores de los campos, cuando el enamorado Diego Mexia, sentado en una desmochada robusta almena de aquellas murallas, las cuales tambien habian oido, en otros siglos, las quejas y los llantos de los poetas romanos y de los trovadores sarracenos, con desfallecida lira le dirije á la de Arguijo esta sentida plegaria:

Ana bella, linda virjen:
Asómate á la ventana;
Que aqui te espero anheloso;
Llorando mi pena amarga.
Por Jesus, el Nazareno,
Concédeme ya esta gracia;
Pues sino ¡ay de mi! la muerte
Será mi única esperanza.

En el bosque y la pradera
Los sonidos de mi harpa
Jamás dejarán acordes,
De murmurar entre acásias.
En mis sonetos, tu gloria
Resonará: en mis octavas,
De la ilustre Ana de Arguijo,
Cantaré las prendas raras.
Yo llevaré tu belleza
A las mas opuestas playas;
Ni los hombres, ni los siglos,
Nunca podrán olvidarla.

Vuelve á cantar el poeta. La ventana de su Venus fuese abriendo, poco á poco, sin hacer el mas leve ruido. Un pañuelo blanco agítase en los aires, llamándolo. Diego Mexia fuera de sí: no sabiendo lo qué le pasaba en aquellos supremos instantes, vuela ciego, loco llega á los piés de la ventana, y ¡ay de él! escucha de los mismos labios de doña Ana estas desengañadoras frases:

«En tus melífluas jácaras, Mexia, conócese muy bien que manejas á Ovidio y á Petrarca, con mucho provecho tuyo. Pero desengáñate. Yo no soy Julia, ni tampoco Laura. Por lo tanto suplícote, con todas las veras de mi corazon,

que dejes esas alabanzas, que abandones esos elogios que tan inmerecidamente me haces, que tan injustamente me diriges. Por otra parte, Mexia, nunca jamás podria corresponderte: porque mi mano tiene ya ofrecido futuro dueño en el nobilísimo Señor de la Palma, Gelo, Puñana y Coyéra. Es vate como tú, galan y caballero, de la ilustre y preclara familia de los Alcázares. A tus deseos, Mexía, quito el pávulo. Niégote toda esperanza. Yo lo siento. Pero no puedo tratarte sino como amigo, á menos de ser liviana. ¿Quieres tú que yo me manche con este negro borron? Tú no ignoras, ni ninguno de los nobles mancebos, que frecuentando mi casa, me honran con sus visitas; que con grande sentimiento mio, no escuché las blandas voces, llenas de tanto cariño, que taladraban mi pecho, ni los delicados y amorosos halagos de Murillo, de ese mozo de tanta fama, de ese jóven celestial que, ya pintando la beatitud del cielo ó ya diseñando la galanura de la tierra, tanto embelesa y estasia.»

Al acabar doña Ana estas últimas palabras hincando Diego Mexia la rodilla en tierra le dijo:

«Yo, Señora, á pesar de todo lo que he oido de vuestros mismos lábios, solo quiero, solo ansio vuestro si.»

«Calla, calla: levántate: mi corazon tiene ya dueño en el Señor de la Palma.»

Entonces, Diego Mexia, con la vehemencia y el calor de un amante desengañado le dijo así:

«Adios, mujer hechicera, sé feliz con el Señor de la Palma: mientras yo viviré lleno de amargura. Adios.»

Y lastimero y lloroso se alejó para siempre de aquellos lugares melancólicos.

III.

Era una sala bastante esparcida y bien amueblada. Veíanse en sus paredes colgados los estimables retratos de los mejores prosistas y poetas sevillanos. Cuatro grandes estantes, con puertas alambradas, guardaban cuidadosamente las obras clásicas de la antigüedad, de la edad media, de la restauracion y de los tiempos contemporáneos. Sobre una ancha y rica mesa, de herraje, un lindísimo Crucifijo de Torrigiano, varios mosáicos de Itálica, de Emérita Augusta, de Caura Bética y de Carissa Aurelia. unos pedazos de alerce de la Aljama de Sevilla y algunos otros objetos curio-

sos la avaloraban sobremanera. Una magnífica harpa, descansaba reclinada en un rincon de la sala. En su testero mirábase un limpio lecho con preciosas mantas y almohadas de Marruecos y sábanas de rico y blanco lino de Holanda. En él estaba sentado, reclinando su cabeza y sus espaldas, contra las almohadas, un infortunado jóven, un mancebo infeliz el cual sufria el amargo tormento de amar sin correspondencia, ni esperanza. Pálido el rostro, hundidas las sienes, ronca la voz, enjuto el cuello, flacas las manos, tristes los ojos y desmelenados los cabellos no parecia sino un pavoroso espectro de los sepulcros.

A la cabeza del lecho, sentado en un sitial, veíase otro jóven, de agradable figura, sumido en un silencio profundísimo. Tenia la mano derecha puesta en la mejilla y la vista clavada en el suelo. El enfermo mirándole atentamente con ecos desfallecidos esclamó así:

«¡Ay de mi, Rioja; qué desgraciado fué mi amor! Pero ya no tengo remedio.

Bien sé, querido Rioja, que ella jamás murmurará entre sus lábios mi nombre, ni á mi memoria consagrará un recuerdo siquiera, mientras yo....»

«Mexia, olvida, olvida ya ese amor terreno.»

«Sí, olvidarlo, Rioja, es ya preciso: es ya forzoso. Lo creo. Ya para mí no hay amor mas dulce ni mas seguro que el del Altísimo; que el amor de Dios. En este mundo buscamos, ciegos, lo inútil, lo temporal, que pasa como el relámpago, sin acordarnos de lo provechoso y de lo eterno que nunca muere.»

«Es mi consejo, le interrumpió Francisco de Rioja. Que si ya caminas á morir, si vas con ligeros pasos á hundirte para siempre en el sepulcro, implores humillado y contrito, los eficaces auxilios del cielo. El que busca á Dios siempre lo encuentra.»

«Ya los imploro, Rioja. Pero esta penosísima opresion, este respirar fatigoso, este profundo decaimiento, este incesante hervidero en el pecho. ¡Ay! desfallezco. Ya es un martirio para mí la vida. Solo en tí espero *(mirando al Crucifijo de Torrigiano de la mesa inmediata)* Santo Dios de mis padres. Buen Jesus. Rioja, toca mi mano, toca mi frente: están ardiendo. Mi vida termina de un momento á otro. *Adios Rioja; hasta la eternidad.*»

Un sudor crítico y milagroso bañó de repente el rostro del agonizante Diego Mexia.

Poco á poco la mano de Dios lo llevó á la salud. A las cuatro semanas, desengañado de amores y fuera del lecho del dolor pasaba las horas enteras con Rioja y otros amigos leyendo, tocando el harpa ó en otros dulces entretenimientos. A los dos meses, restablecido completamente de sus dolencias, olvidando para siempre á doña Ana de Arguijo, la cual rotas las relaciones con el Señor de la Palma, vivia retirada de todos los negocios mundanos en su casa de la *Cantimplora*, volviendo á pulsar su lira épica, ganaba frescos laureles en los alegres y amenos campos de la literatura sevillana.

El corral del Caracol.

En la calle de *Don Pedro* y despues de *Don Francisco del Alcazar*, hoy de los *Alcázares*, número 3, moderno, collacion de San Pedro el Real, hubo todo el siglo XV y hasta mediados del XVI, un famoso corral, llamado del *Caracol*, donde habitaban muchas piadosas y humildes gentes (1)

(1) Por estos años D. Lúcas de la Sal, marido

A últimos del primer tercio del siglo XVI, entre sus buenos vecinos estaba un hombre anciano llamado Raymundo el *Inválido*, el cual traia á jugar todos los domingos por las tardes á tres graciosos niños, ricamente vestidos, hijos de las casas, donde en su mocedad habia estado de sirviente. El uno de ellos se llamaba Fernando, el otro Mateo y el otro Gonzalo. Los tres niños Fernando, Mateo y Gonzalo eran muy bien vistos de todos los sencillos moradores del corral del *Caracol*.

Juntos con los numerosos muchachos del corral jugaban en el patio grande, hasta cerca de oscurecer, á cuya hora los llevaba el anciano Raymundo el *Inválido* á sus respectivas casas.

Raymundo el *Inválido* murió: los tres niños crecieron: no volvieron más al corral del *Caracol*: fueron mancebos: tomaron estados y carreras diferentes.

Pocos dias antes de comprar D. Lúcas de la Sal, la ruinosa despoblada casa del *Caracol*, á las diez de la mañana, un clérigo, de arro-

---

de doña Luisa de Aguayo, lo compró, haciéndolo casa para su morada. En ella se crió su hijo el sábio D. Juan de la Sal y Aguayo, insigne Obispo de Roma.

gante figura, con dos gallardos varones, vestidos limpia y modestamente penetraban por sus solitarias, medio arrancadas puertas.

Las malvas, las hortigas y los jaramagos crecian por entre las junturas de las piedras del zaguan descubierto y las de los ladrillos de los patios y de los corredores. Vacías las viviendas, derrumbadas las barandas, caidas las columnas, secas las fuentes y arrancados de raices los árboles del corralon, levantaban en el alma las melancólicas ideas del poderío de los años y de la nada de las cosas humanas.

Cuando entraron en el patio principal cubierto de áridos matorroles, en medio de los que algunas higueras silvestres daban sombras fatídicas á jaramagos nacidos entre enjutos escombros, agudos ayes de antiguas memorias, salieron de aquellos tres doloridos corazones.

Eran Fernando de Herrera, Mateo de Aleman y Gonzalo de Argote y de Molina, que iban á recordar allí, entre aquellas ruinas silenciosas, sus alegres niñeces, sus poéticos juegos infantiles, y á Raymundo el *Inválido*.

La pelea.

Era una clara noche de luna de fines de Enero de 1 16. Hondísimo silencio reinaba en los alrededores de la Iglesia Parroquial de San Márcos. El relój de su morisca torre, acababa de dar las doce. Cuatro embozados hablando bajo, salian de la calle del Conde del Castellar. Eran el Almirante Gaspar de Vargas y su padrino el General Juan de Flores Rabanales, el Almirante Miguel Ruiz de Vidacabal, y el suyo el General Fernando de Souza, los cuales iban á batirse en desafío.

Parados en la Plaza de Santa Isabel, á espaldas de San Márcos, dijo Rabanales:

—Souza: aquí venimos, para cumplir como caballeros, sin olvidar que somos cristianos. Este es el sitio designado. Ya puede comenzar la pelea.

—Sí, Rabanales, como caballeros y cristianos nos portaremos. Pero doloroso es que por una ligera disputa sobre maniobras en Lepanto vayan á derramar su sangre ó quizás á matarse, dos Almirantes, tan esclarecidos como

estos, ante quienes han temblado las más soberbias flotas del mundo.

—Es antigua ley de caballeros y de hijosdalgos.

Contestó secamente Rabanales.

No bien hubo Rabanales pronunciado estas cortas enérgicas palabras, cuando el rechinamiento de los sables indicó que había comenzado el duelo.

—Herido estoy, Vidacabal.

—Yo tambien lo estoy, Vargas.

—Pues entonces, dijeron los padrinos, está concluido el lance.

—Claramente han patentizado, continuó Souza, el valor y la hidalguia de los Almirantes españoles.

A las ocho de la mañana siguiente, veianse en la iglesia del convento de monjas mínimas de Nuestra Señora de Consolacion, vulgarmente las *Tollas*, parroquia del Salvador, á los piés del altar de la Virgen Santísima cuatro varones, en traje de penitencia, hincados de rodillas, regando el suelo con sus lágrimas. Los ayes y los sollozos ahogaban sus gargantas. Dos de ellos tenian vendadas las cabezas. Nuestra Señora de Consolacion los miraba con ojos cariñosos, como diciéndoles:

—Refrenad vuestro altivo orgullo: he pedido á mi Hijo por vosotros. Id en paz: estais perdonados.

Los dos Almirantes y los dos Generales, llenos de consuelo, salieron de la iglesia, con semblantes tranquilos y amorosos. Habian lavado sus feas manchas en los limpios hermosos raudales del mas firme arrepentimiento. ¡Religion augusta y venerable, cuánto es tu poder! Sin tí, ¡qué seria de los pobres pecadores!

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

Una promesa cumplida.

Casi todas las noches del invierno de 1521, poco despues de Oraciones, un hombre desconocido, con traje de paño azul, puesto de rodillas, en la parroquia de San Ildefonso, ante el tabernáculo de Nuestra Señora del Coral, su patrona, oraba con devocion fervorosísima.

NOTAS. Nadie podrá reimprimir, ni traducir estos *Recuerdos* sin licencia del autor.

En el recuerdo del *Corral del Caracol*, donde dice «Don Juan de la Sal obispo de Roma» léase «Don Juan de la Sal obispo de Bona.»

Las personas timoratas que á aquellas horas, para rezar el santo rosario, concurrian á la misma iglesia, habian hecho alto en él por sus miradas tranquilas, su noble semblante y sus blandas maneras. Aquel hombre desapareció. Nadie volvió á verlo. Unos á otros se preguntaban por su paradero. Nadie lo sabia. El hombre forastero, el hombre del traje de paño azul era un arcano tenebroso, un misterio impenetrable que solamente Dios podia conocer.

Al cabo de cuatro años, una noche á la misma hora, el hombre desconocido, en traje de penitente, con la cabeza baja y una vela encendida en la mano, contaba alabanzas y ponia flores, conchas y corales sobre el banco del tabernáculo de Nuestra Señora del Coral.

Era el famoso navegante Sebastian Elcano, que llegaba á Sevilla en su nao *Victoria*, de dar la vuelta alrededor del mundo: siendo el primero que logró conseguir tan gallarda conquista.

Habia ofrecido á la Vírgen Santísima traerle flores, conchas y corales de todos los paises de la tierra, si lo sacaba con bien de sus árduas y peligrosas navegaciones y venia á cumplir la promesa.

Las mismas gentes, al reconocerlo, llenas

de religioso entusiasmo, lo abrazaron, dándole la más cumplida enhorabuena. Entonces el insigne é inolvidable navegante, mirándolas con ternura, esclamó:

¡Con María nada es imposible! ¡Sin María todo se malogra!

Los disciplinantes.

A las dos de la madrugada de una oscura noche del mes de mayo, el respetable golpeteo de las disciplinas oíase dentro de los muros romanos de la puerta de Córdoba, collacion de la parroquia de San Julian. De cuando en cuando los rezos y los ayes salidos de lábios penitentes, venian á dar realce á aquella católica escena.

La oscuridad de la noche el leve murmullo del viento, el funerario canto de los buhos, puestos en las carcomidas almenas de las murallas, el monótono rechinamiento de las norias de las huertas extramuros, mezclados con el crujidero de los disciplinazos formaban una religiosa cadencia.

A la opaca luz de las estrellas percibíanse confusamente dos bultos negros fronteros á la puerta de la ermita de San Hermenegildo, de los cuales partia el ruido de las disciplinas.

Un valeroso capitan de las Indias, que estaba temporalmente en Sevilla y vivia en un jardin cercano, tomando su espada, salió á los muros, dirigiéndose hácia los bultos negros. Con tono arrogante desenvainándola al acercarse á ellos, le preguntó al de la derecha, que como el otro estaba arrodillado.

—¿Quién sois?

—Miguel Pecador, que viene, á estos silenciosos lugares, á cumplir una penitencia.

—¿Y vos?

—Bartolomé Pecador, que tambien viene, á estos muros solitarios, á descargar su conciencia.

—¿Ambos teneis un mismo apellido?

—No: cada uno tiene el suyo.

—¿Cuál es el vuestro?

—Mañara.

—¿Y el vuestro?

—Murillo.

—¡Qué estraña aventura!

¡Mañara! ¡Murillo! repite dos veces el capitan de las Indias lleno de asombro. ¡Maña-

ra! continúa, el caballero de Calatrava, el padre de los ancianos pobres de Sevilla. ¡Murillo! el pintor de los Ángeles, el pasmo de los artífices del mundo.

Entonces el piadoso capitan de las Indias, envainando la espada, con voz conmovida y pesarosa esclamó así:

—¡Ay! perdonadme, señores; si he venido, brusca é imprudentemente, á romper vuestras santísimas ocupaciones. Yo tambien he derramado mi sangre muchas veces peleando en los campos de batalla por las verdades católicas La fé arde en mi corazon. Pedid á Dios por mí. ¡Él sea con vosotros!

Diciendo esto, retiróse tranquilamente.

Los dos amigos, Mañara y Murillo, llenos de alegría, por la cristiana caballerosa arenga del capitan de las Indias, guardaron los rosarios y las disciplinas; besaron la tierra; levantáronse, y dando gracias á Dios, volvieron á sus casas, situadas en la parroquia de San Bartolomé.

La peste.

Eran las seis de la mañana del dia 18 de junio de 1649. Consternada Sevilla con la horrible mortandad que hacia en sus moradores la implacable *landre*, lloraba amargamente. Plazas despobladas, calles desiertas, iglesias solitarias, era el triste panorama que ofrecia la hermosa sultana del Guadalquivir. Solamente el sordo ruido del *Santo Oleo*, las ligeras pisadas de las mulas de los médicos, los apagados ayes de los moribundos y las piadodosas exhortaciones de los religiosos agonizantes rompian su hondísimo silencio.

Un carro lleno de cadáveres, tirado por dos caballos, paró á la puerta de una casa, calle de la Cruz de la Parra, hoy parte de la de los Monsalves, collacion de la Magdalena. Dos sepultureros sacan de ella, casi arrastrando, el lívido amoratado cadáver de un hombre, arrojándolo en el carro. Llantos de dolor y fuertes gemidos se oyen en el fondo de la casa.

—Este pobre pronto ha caido.

Dijo uno de los sepultureros.

—Tan pronto, que anoche á las ánimas se

encontraba bueno, y esta madrugada á las cuatro ya estaba con Dios. ¡Qué lástima de hombre! Y lo peor es cómo deja á su familia, que vivia de su trabajo, sin recurso alguno.

Contestó una vieja desde una ventanilla alta frontera.

El carro comenzó á andar hácia el cementerio. La cabeza y las manos de aquel difunto iban colgando. Sus cabellos caian sobre una de las ruedas, la cual con su contínuo torno, arrancándoselos en delgadísimos mechones, los enmarañaba entre los rayos ó los dejaba salpicados por el suelo.

Llega, pues, el carro á la honda zanja, abierta fuera de la puerta de Triana á mano izquierda. Los enterradores, desenganchando los caballos, arrojan de un golpe en ella todos los cadáveres. En esto dos hombres, vestidos de rigoroso luto, llegan á los bordes de la horrorosa zanja. El más jóven arrójase precipitadamente, con unas tigeras en la mano, sobre aquel yerto cadáver, y cortándole un rizo de pelo, metiéndolo en una caja de filigrana, y tirándosela á su compañero, que lleno de lágrimas, con la cabeza baja, miraba aquella triste escena, exclamó así:

—Maestro: ahí teneis la última memoria del grande escultor de María, del famoso es-

cultor del Calvario, del desventurado Juan Martinez Montañés, que revuelto entre estos hombres oscuros, entre estos humildes menestrales, queda sepultado para siempre. Guardadla, sí: guardadla como un riquísimo tesoro.

Quien habló fué Francisco Polanco, uno de los mejores discípulos de Zurbarán, al insigne maestro D. Juan de Valdés Leal.

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

El matrimonio envidiable.

En la calle de la Olleria, hoy de Via-Crucis, calzada de la Cruz del Campo, collacion de San Roque, extramuros de Sevilla, vivia en humilde casa, á mediados del siglo XVIII, un virtuoso maestro carpintero, como de sesenta años, conocido por el grato nombre del tio Venturoso, casado con la tia Gabriela, de la misma edad poco mas ó ménos. El tio Venturoso y la tia Gabriela se amaban con delirio, llevándose como dos ángeles del Cielo, y sufriendo con estremada resignacion cristiana los disgustos, los cuidados y las cargas del matrimonio. Las herramientas y las maderas de la carpinteria formaban sus únicos estudios, sus únicos entretenimientos, sus únicas delicias. En ellas estaba su pasado, estaba su presente, estaba su porvenir.

Contento con la humilde condicion en que la sabia Providencia lo habia colocado en este mundo, no tenia envidias ni ambiciones, sierpes horribles que se enroscan con mucha frecuencia en el corazon humano, para herirlo y para destrozarlo con sus punzantes mordeduras. Sin haber oido nunca ni nombrar siquiera á Séneca ni á Rioja, ponia en práctica aquel sublime terceto del segundo, en su epístola á Fabio que dice:

«¡Pobre de aquel que corre y se dilata!
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!»

El tio Venturoso, no queria salir de la Calzada, para buscar el oro ni la plata. No queria en frágil leño surcar los embravecidos mares, tras de los honores ni de las consideraciones. Carpintero habia sido, porque tambien lo fueron sus padres; carpintero era y carpintero queria morir. ¡Dichoso una y mil veces el hombre que en su estado vive contento en este mundo!

El tio Venturoso con tener lo suficiente para alimentar á su Gabriela, estaba contento. Si le sobraba algo, lo repartia de limosna entre sus vecinos necesitados.

Cuando al anochecer daba de mano á su trabajo, cerrando la puerta de su casa, venia con su Gabriela al monasterio de San Benito, á rezarle una salve á Nuestra Señora de Valvanera, ó á encomendarse al Santísimo Cristo de las Tres Caidas, (1) á cuyas sagradas im-

(1) A los diez años, llamado vulgarmente el

genes tenian nuestros dos consortes una devocion tiernisima.

Siempre que nuestro virtuoso matrimonio volvia á su casa, lo cual acontecia á la hora poco mas ó menos de su salida, lo estaban esperando á la puerta, mandados por sus padres, varios niños de la Calzada y del Barruzuelo para que les enseñara la doctrina cristiana.

Aquellas inocentes criaturitas recibian al tio Venturoso con el mayor respeto, con ese respeto que infunde la virtud, agasajándolo y demostrándole, á su manera, el grande afecto que le profesaban. Estos, le pedian la mano para besársela. Aquellos, abrazándoles las rodillas, que era hasta donde podian llegar sus brazos, se las estrechaban entre ellos dulcemente. Unos, bailándole delante, lo miraban con cariño. Otros, en fin, jugueteando á su alrededor le dirigian blandas y amorosas palabras. ¡Frescos paisajes de la inocencia! ¿Quién podrá pintaros con la verdad debida?

Tan luego como todos entraban en la casa,

Señor de los *Azéves*, por haber tomado con autorizacion del Abad y comunidad de San Benito, mis piadosos y caritativos abuelos maternos D. Fernando de Azéves y doña Francisca Gomez á su cargo la capilla, labrando á sus puertas un panteon, que todavía existe con esta sencilla leyenda:

ENTERRAMIENTO
DE LOS AZEVES.
AÑO DE 1760.

En él descansan sus restos mortales, los de mis padres, mis hermanos y de los de casi toda mi numerosa familia.

encendiendo la tia Gabriela un corpulento belon del cual colgaban varias limpísimas espaviladeras, lo traia á la sala. El tio Venturoso sentado en un sillon de brazos, labrado por los suyos, teniendo á su alrededor á todos sus inocentes discipulos, comenzaba como otro San Pablo, las esplicaciones de la doctrina cristiana.

Sus evangélicas palabras llenas de fé y de caridad, se iban grabando en los puros corazones de aquellos niños, los cuales con silencioso recogimiento, las escuchaban inundados de angelical alegría. Su lenguaje fácil y sencillo, se acomodaba muy bien á aquellas tiernas inteligencias. Sin grandes trabajos ni fatigas, recibian los niños las primeras semillas de una piadosa educacion, tan olvidada hoy infortunadamente en nuestra España.

De esta manera llevaba, como de la mano, á aquellas sencillas criaturas, por los caminos de la virtud y de la salvacion. (1)

Cuando nuestros esposos, los domingos por las tardes, salian al campo á dar un paseo, todos los muchachos de la Calzada y del Barrezuelo los acompañaban.

Los chiquillos, saltando y brincando de alborozo, seguian á nuestro matrimonio, ya á la huerta de Buron, ya á la fuente del Arzobispo, ya, en fin, al cortijo del Maestre Escuela.

El tio Venturoso, que era muy aficionado

---

(1) Enseñando así á los niños, nuestros mayores batallaron en las Navas, tomaron a Granada, descubrieron nuevos mundos, vencieron en Lepanto, aprisionaron á un rey en Pavía, y últimamente castigaron los orgullosos insultos del Gran Capitan de este siglo.

á las plantas y á las flores, y que pasaba, con justa razon, por un buen herbolario, les iba con pacífica soltura diciendo á los niños los nombres de las flores, y de las plantas, de los arbustos y de los árboles, que se encontraban por los caminos y las sendas, ó los que desde ellos se veian cercanos. Aquel inocente plantel de futuros labriegos, escuchaba con religioso silencio, con grande respeto las palabras y las enseñanzas de su maestro. (1)

De este modo gratísimo, aficionaba poco á poco á los niños á las cosas del campo, las cuales habian de ser en su dia manejadas por aquellas mismas manos, á la sazon débiles, però con los años robustas y hercúleas: por aquellas mismas manos, que habian de uncir al pesado yugo á formidables bueyes: que en medio de los inaguantables ardores del estio habian de empuñar la hoz para segar las copiosas mieses de la Providencia: que habian de abrir con la hazada profundas zanjas, para desaguar terrénos inundados: por aquellas mismas manos, en fin, que arrancando de raiz los arbustos y las malezas del desierto, habian de desmontar tierras incultas para meterlas en labranza. ¡Noble agricultura, cuán duros, cuán

(1) Ciertamente no habrán oido en Paris los discípulos de De Candolle y de Jussieu, dos de los más sábios botánicos modernos, las filosóficas lecciones de sus famosos maestros con más gusto ni con más entusiasmo, que los muchachos de la Calzada y del Barrezuelo, escuchaban las empíricas pero claras esplicaciones del tio Venturoso, el más oscuro de los herbolarios de su siglo.

fatigosos, pero cuán poéticos son todos tus ejercicios!

El tio Venturoso que desconocia de todo punto el egoismo y la ambicion llevaba muy barato por los bien acabados muebles que hacia. Las maderas que gastaba eran de las mejores en calidad y duracion. Jamás le faltaba trabajo, siempre lo tenia de sobra: porque era un hábil y concienzudo artesano.

Pero los años, que no respetan ni la virtud ni el saber, fueron progresivamente quitándole las fuerzas y acortándole el trabajo: sentimiento grande para aquella alma purísima. Ya no podia dar limosna á sus vecinos. Apenas ganaba para sus primeras necesidades y las de su Gabriela. Esta triste ida despedazaba sus caritativas entrañas. Pero oigamos como la generosa Providencia lo sacó de sus grandes amarguras.

Una tarde del mes de mayo estaba en su taller acabando con mucha prisa una mesa de nogal para unos recien casados. Su Gabriela, como tenia de costumbre, se encontraba sentada al pié del banco, entretenida en hacer calzeta. Trabóse entre los dos un largo, patriarcal y cariñoso diálogo, sobre lo próximos que estaban al sepulcro: lo escasos de recursos que se veian: la imposibilidad en que se hallaban de dar limosnas, y otras muchas consideraciones de esta misma naturaleza.

En aquellos mismos momentos en que nuestros dos compasivos esposos lloraban porque ya no podian seguir haciendo obras de caridad á los pobres, estaba en la collacion de la

parroquia de San Estéban, Proto-mártir, una rica señora indiana, soltera, sin parientes, atacada de mortal dolencia, haciendo su testamento; en el cual le dejaba á nuestro piadoso carpintero veinte mil pesos fuertes, para que, como tuviera por mas justo y conveniente, los fuese distribuyendo entre los pobres de la collacion de San Roque. La cristiana señora indiana le suplicaba y le rogaba por el amor de Jesucristo, que no olvidara á las pobrecitas viudas, cargadas de hijos, ni ménos á los desvalidos huerfanitos, prefiriéndolos á los demás.

Una acertada y cristiana distribucion hizo de los referidos veinte mil pesos. Por las mañanas, sentados nuestros dos caritativos esposos á la puerta de su humilde casa, alargaban sus manos para ir socorriendo uno á uno á los pobres necesitados.

Todos ellos, y particularmente por el espreso mandato de la testadora las viudas cargadas de hijos, y los infelices huerfanitos, recibian diariamente el sustento necesario.

Muy pocos dias sobrevivió nuestro ejemplar matrimonio á la terminacion de esta considerable suma de dinero. Dios los llamó para darles en la otra vida el merecido premio. Ya habian cumplido su dulcísima mision sobre la tierra. Mision noble, mision santa, mision divina, que alegra el corazon, que fortalece el alma y que en cierta manera identifica al hombre con su grande y admirable Omnipotente.

Por desgracia, pocos tios Venturosos y tias Gabrielas van naciendo ya en las nacio-

nes católicas. El egoismo y la ambicion roen las endurecidas entrañas de todas las sociedades modernas. Solamente el Evangelio, como dijo muy bien el sábio vizconde Francisco Renato de Chateaubriand, pocos dias antes de morir en Paris en 1848: solamente aquella celestial barquilla nos podrá traer á seguro puerto, librándonos de los fortísimos reluchamientos del embravecido mar de las pasiones humanas. Confiemos, pues, en el Señor, que nunca nos desamparará.

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

La misa de Espíritu Santo y la de Requiem.

Al amanecer de un hermoso dia de agosto de 1519, en la ya, por la trastornadora revolucion, derribada iglesia del convento de Mínimos de Nuestra Señora de la Victoria, en Triana, comenzóse á celebrar una misa de Espíritu Santo. Los tañidos del campanario, los ecos del órgano y los cantos de los religiosos, mezclados con los rezos de los innumerables fieles allí reunidos, hacian una grave y patética consonancia. En el centro de la iglesia unos cuantos hombres de mar, confesados y comulgados, puestos de rodillas con los brazos en cruz y las caras levantadas al cielo oraban fervorosamente. Entre ellos sobresalia uno, que

por su noble y gallarda presencia y sus ricas y elegantes vestiduras indicaba ser el gefe.

Concluida la misa, en procesion, salieron todos del templo. Iban delante varias hermandades con sus guiones, sus oriflamas y sus sin-pecados, seguíanlas los náuticos, en dos hileras, yendo el gefe en medio de ellas, y cerraba la procesion la respetable comunidad de la Victoria, dirigida por su Prelado, cantando las *Letanias* de los Santos. Detras venia, atraida por la curiosidad una numerosa muchedumbre de gentes de todas clases y condiciones.

Llegada á la orilla del rio Guadalquivir, llamada el puerto *Camaronero*, una nao con galanos paveses los aguardaba. Habiendo, pues, hecho alto en aquel sitio el Prelado, rociándola con agua bendita, recitó en alta voz algunas oraciones. Poco despues fueron él y todos los religiosos abrazando cordialmente uno por uno á los mareantes en medio de las lágrimas, de las aclamaciones y de los vivas del inmenso gentío que los rodeaba.

Embarcándose los hombres de mar en la nave, prepararonse para su salida. Entonces el Prelado, acercándose más á la barranca del rio, reinando en todas partes un profundisidísimo silencio, con tono dulce y apostólico les habló así:

—Hijos mios: el Señor os acompañe en vuestras arriesgadas navegaciones. Valor en la heróica empresa, que ya habeis comenzado. Descubrid y agregad á la corona de la preclara Isabel I, reina católica de España nuevos mares, nuevas islas, nuevos golfos, nuevos es-

trechos, nuevos continentes, nuevos vasallos para que todos juntos canten las glorias del Altísimo y alaben vuestras conquistas. No os olvideis nunca de la piadosa Sevilla, ni de esta Santa Comunidad á cuyo frente sin merecerlo me veo. Volved pronto. Nuestros brazos os recibirán con amor y nuestros corazones con entusiasmo. Id con Dios, hijos mios.

Al acabar estas tiernas palabras, la nao rompió, viento en popa, su magestuosa carrera. Los mareantes y su gefe bajando y subiendo las manos y las cabezas se despedian afectuosamente de todos, mientras que miles pañuelos de varios colores, agitados por los aires, les daban el último *adios*.

A los pocos años, en la misma iglesia del convento de la Victoria, en Triana, levantábase un modesto túmulo con la leyenda siquiente, escrita en su frontis:

A Fernando de Magallanes,
Insigne navegante:
Valeroso descubridor del estrecho
Que lleva su nombre
Muerto en una isla desconocida.
La Comunidad de Mínimos de Ntra Sra. de la Victoria
de Triana,
Llora su mala suerte:
Pide á Dios por su descanso
Y le erige este sencillo monumento.

Durante la miss de Requiem las campanas plañian, los religiosos cantaban en el coro, y el inmenso gentio que llenaba el templo dirigia sus preces al Eterno por el alma del ilustre Fernando de Magallanes, malogrado en medio de sus gloriosos triunfos náuticos.



Los dos Comendadores.

I.

En el año de 1548 vivian en Sevilla el comendador Luis Bravo y el comendador Arévalo, magníficos y acaudalados señores. Entrambos frecuentaban las pocas pero escogidas tertulias ó reuniones nocturnas, que entonces habia en Sevilla. Entre todas sobresalia, por la calidad de los concurrentes, la del erudito don Francisco de Guzman, Marqués de la Algaba, marido de doña Brianda de Rivera, establecida en su rico palacio, barreruela de Omnium Sanctorum. (1) En aquellos anchos salones, hoy tan silenciosos, resonaron las músicas acordadas ó escucháronse con sumo placer de los oyentes, las comedias de Juan de la Emina, de Mal Lara y los versos de los poetas sevillanos Medina, Giron y Herrera.

Allí juntábanse amigablemente la inteligencia y la belleza sevillanas. Allí las hermosas damas lucian sus encantos y sus galas. Era una de ellas la lindísima doña Beatriz de Aleman, parienta cercana del memorable escritor Mateo de Aleman.

Habia dos años que estaba en relaciones amorosds con el comendador Luis Bravo:

(1) En este tiempo lo habitaban unas beatas llamadas de Santa Catalina de la Penitencia, despues los religiosos terceros de San Francisco, hasta que que en el año de 1567 a 9 de setiembre tomaron posesion de él los religiosos observantes de la provincia de Andalucia, en los cuales estaba cuando la exclaustracion general en 1835.

cuando una noche fué presentado por los caballeros Anton Martin de los Pastorcillos y Luis de la Santofimia, á los señores marqueses de la Algaba, en su palacio de la Feria, el comendador Arévalo.

No bien Arévalo hubo visto la gallarda belleza de doña Beatriz de Aleman quedó ciegamente enamorado de ella. Durante el tiempo de la tertulia supo por Luis de Ricassoli las relaciones de aquella dama con el pundonoroso comendador Luis Bravo. El alma de Arévalo ardia en fuertes arrebatos de ira contra su compañero, el cual estaba inocente y ageno de todo.

Concluida la tertulia, salieron juntos á la calle: cuando venian por la de Bancaleros, Arévalo, de una manera brusca y descortés desafió *á muerte* á Bravo, olvidando su noble cuna y á sus piadosos é ilustres padres. Admitiólo el comendador Bravo, quedando aplazado el duelo, para la noche siguien-te, *entre las doce y la una*, en el muro del convento franciscano de *Nuestra Señora del Valle*, collacion de la parroquia de San Roman, (1) donde concurririan con sus padrinos y el portador de las espadas.

II!

Entre las doce y la una
Anda la mala fortuna.

Eran las doce y cuarto de la noche del dia

---

(1) ¡Qué lástima! No hace muchos meses que la pobre ignorancia ha encalado la preciosa fachada de su balcon principal.

16 de Mayo de 1548. Los muros del convento de *Nuestra Señora del Valle* se encontraban solitarios. La luna, rodeada de trasparentes nubecillas, lanzaba á la tierra tibios destellos. De cuando en cuando los lamentos de las aves nocturnas, anidadas en los viejos castillejos de aquellas murallas, venian á romper tan hondo silencio. Cinco hombres embozados en sus capas, formando corrillo, hablaban de quedo. Eran el comendador Luis Bravo, parroquiano de San Vicente, y su padrino el mariscal Diego Caballerro, vecino de Santa Cruz, el comendador Arévalo, feligrés del Sagrario y el suyo Domingo Lopez Barreto, Factor del Rey de Portugal, vecino de la Magdalena, y Leo de Bonhomo, tesorero del duque de Medina-Sidonia, parroquiano de San Miguel, que traia las espadas.

No tardó mucho tiempo sin que estas comenzáran á blandirse por los dos valerosos combatientes. Luis Bravo, más diestro en la esgrima que Arévalo, dió á este, á los primeros golpes, una profunda estocada en el hombro derecho, de la cual cayó al suelo, revolcándose en su sangre. Levantóse prontamente, y volviendo á tomar la espada, dijo con tono brioso y altanero:

—Comendador Bravo: me habeis herido. Pero sigamos peleando hasta la muerte. No, no será vuestra doña Beatriz de Aleman.

En esto unas luces opacas y unos ecos misteriosos que se acercaban, por la parte de la puerta del Osario, vinieron á cambiar de repente aquella triste escena.

Todo era obra de Dios, revelada á su humilde sierva la venerable beata doña Luisa de Valdés, vecina de la collacion de San Pedro el Real.

Aquella fatídica procesion fué acercándose más y más. Venia delante la manguilla de la parroquia de San Roman. Seguianla, en dos filas, veinte sayones vestidos de negro con velas amarillas encendidas en las manos. En medio de las dos hileras traian dos atahudes tapados con bayetas negras, delaute de los que un corpulento sayon, tambien vestido de negro, tocando una destemplada campanilla, con voz asustadora gritaba:

—Para hacer bien y decir misas por las almas de los comendadores Bravo y Arévalo que van á morir en desafío.

Esta horrorosa plegaria, atemorizó de tal manera a los comendadores, que pusiéronse maquinalmente en precipitada fuga, como tambien todos los que los acompañaban. Parados en la plazuela de San Roman, Leo de Bonhomo, varon piadoso, les habló de esta suerte.

—Señores: ¡loado sea Dios! Lo que acabamos de ver en los muros del *Valle*, es una de sus maravillas incomprensibles, de sus grandes misericordias. No quiere que el pecador muera: sino que se convierta y viva. Arévalo, Bravo, el Señor os llama á penitencia. Hacedla. No desogais sus voces paternales. Ni nosotros tampoco, que hemos venido a tomar parte en este palenque gentílico, en este de-

safío. Hagamos todos penitencia: para templar la justa cólera del Cielo. El cristiano debe ser humilde, despreciando altamente las falsas ideas del siglo, los engañadores desvaríos del mundo. El duelo no es para un seguidor de Jesucristo, que perdonó á sus mismos verdugos: sino para un secuaz de Saturno, que despedazó á sus mismos hijos.»

Este sentido discurso tuvo grande acogida entre los oyentes. Llenos todos de religiosa amargura lloraron sus culpas, retirándose á sus casas, para seguir los caminos del más firme arrepentimiento.

Toda Sevilla, sin saber como, supo el desafío de los dos comendadores, habiendo sobre sus causas y resultados, en la tertulia de los Marqueses de la Algaba, muchas ponderaciones y hablillas, propias de tales casos.

A los cuatro dias recibió el comendador Luis Bravo una carta de doña Beatriz de Aleman, escrita con conocimiento de sus padres, en la que reprendiéndole agriamente su ligereza en haber admitido y ejecutado el duelo á muerte con el comendador Arévalo, cortaba para siempre relaciones.

De esta manera castigaban las damas de aquellos tiempos los deslices y los arrebatos de sus novios. Despues de haberse bajo todas luces, ventilado el asunto en Consejo secreto de familia, concluian con ellos de una vez. ¡Siglos de pundonor y de caballerismo: cuán pocas señales habeis dejado, por desgracia, entre nosotros!

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

Nuestro Padre Jesus de Búrgos.

Muchas mañanas del año de 1579, á las ocho en punto entraba en la parroquia de San Pedro el Real, por la puerta de los pies de la iglesia, un gallardo jóven, con su capellan y su gentil hombre. Iba á oir una misa rezada en el altar del Señor de Búrgos, (1) de cuya sa-

NOTAS En el recuerdo de *Los dos Comendadores*, donde dice «Juan de la Emina» léase «Juan de la Encina.»

La nota de la página 84, es la de la 85 y esta la de aquella.

(1) Capilla y patronazgo de la familia de los Alcazares, que hasta 1822 estuvo en el presbiterio, al lado de la Epístola.

grada imágen era muy devoto. Ojalá toda arrodillado, con suma humildad y fervor. Algunos piadosos vecinos de aquel barrio avisados por el toque de las campanas acudian al santo sacrificio.

El gallardo jóven, el capellan y el gentilhombre ausentáronse. En vaide la gente curiosa trató de saber donde habian ido. Tódas sus mas esquisitas indagaciones se estrellaron en el caos: no dieron resultado alguno.

En los primeros dias del año 1581 á la misma hora y por la misma puerta, entraban en la iglesia de San Pedro un magnífico caballero, el gallardo jóven, el capellan y el gentilhombre trayendo en sus manos trofeos portugueses de guerra, entre ellos un rico sable para depositarlos á los piés del tabernáculo de Nuestro Padre Jesus de Búrgos.

Hincados los cuatro de rodillas ante el mismo altar, llenos de dulcísima alegria, cantando el *Santo, Santo, Santo,* se las ofrecieron al Señor reverentemente.

Las personas que á la sazon estaban en la iglesia, agolpáronse en tropel al presbiterio. El cura párroco y otros eclesiásticos, saliendo de la sacristía, vinieron á abrazar á los recien llegados. Las salutaciones, las reverencias y

las enhorabuenas se generalizaron entre todos los allí reunidos.

Entonces el gallardo jóven mirándolos cariñosamente, esclamó así:

—Con esta sagrada Imágen (señalándola) todo se gana, sin fatigas ni peligros. Con ella, llevándola en mi pecho, he vencido en Alcantar, arrancándole al soberbio conde de Vinioso este sable de sus mismas manos. Con ella espero triunfar en los mas sangrientos combates del mundo.

Era el bravísimo capitan de caballos corazos, hijo del sábio general Alvaro de Flores, parroquianos de San Pedro, que volvia á Sevilla de mandar su brillante compañía á las órdenes del famoso D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, en la memorable batalla de Alcántara. Habia hecho solemne promesa al Señor de Búrgos, de si lo sacaba salvo de la guerra contra Portugal, traerle acompañado de su ilustre padre, de su capellan y de su gentil-hombre algunas armas lusitanas, cojidas en los campos de batalla y venia á cumplirla religiosamente.

El Sacerdote.

Todas las tardes de la hermosa primavera de 1625 un clérigo (1) de séria fisonomía, saliendo de la calle del conde del Castellar, donde moraba, frontera á la parroquia de San Márcos, dirijíase á la de Raspaviejas, hoy de la Iniesta, entrando en uno de sus jardines. Recibíalo el viejo piadoso matrimonio, que lo cultivaba, con las mas claras nuestras de amoroso respeto, besándole la mano hincados de rodillas y recogiéndole el manteo y el sombrero de canoa.

—Hoy ¿cuál maceta de flores quiere vuestra merced?

Preguntábale el marido con mucho agrado.

—Cualquiera.

Le contestaba el eclesiástico.

Al punto el buen jardinero traíale aquella que mejor le parecia.

Entonces el clérigo, sentado en un cómodo escaño de mimbre, poniéndose los espejuelos, y arrancándole á la maceta una flor la comenzaba á estudiar prolijamente. Acabada esta larga y minuciosa operacion, sacando de

(1) Procedente de Madrid, donde vivia, vino esta primavera á Sevilla para pasarla entre su familia y amigos.

la honda faltriquera de su chaqueta un rollito de papel blanco, escribia en él algunas ligeras apuntaciones.

Era el *Cantor de las flores*, el melancólico poeta sevillano Francisco de Rioja, que iba á sacar de aquel lindísimo pensil los materiales y los asuntos de sus inimitables silvas elegíacas al *Clavel*, á la *Rosa*, al *Jazmin*, y á la *Arrebolera*.

La Biblioteca.

Casi todas las mañanas del año de 1640 y algunos siguientes, cerca de las ocho, un hombre de adusta fisonomía, con un rollo de papeles debajo del brazo, viniendo de la collacion del Sagrario, salia por la puerta de la Carne, dirigiéndose por el puente de San Bernardo, sobre el *Tagarete*, al monasterio de San Benito, en la *Calzada de la Cruz del Campo*, á cuyas puertas generalmente lo aguardaba el agradable Prelado, haciéndole á su llegada finísimas demostraciones de amistad y de alegría.

Entrambos penetraban en el monasterio: subian las escaleras, y despues de ir á saludar de paso á algunos sábios religiosos, entraban en la espaciosa celda del Abad, donde alrededor de sus paredes, muchos estantes alambra-

dos guardaban cuidadosamente la mayor y más escogida parte de los libros clásicos de la literatura española, desde el lejano tiempo de los Augustos.

Sentados á una larga mesa comenzaban á trabajar afanosa y dulcemente. El estimable Prelado íbale acercando libros al hombre de adusta fisonomía, el cual los examinaba con mucho detenimiento y desplegando un rollo de papeles hacia de cada uno minuciosas apuntaciones. Acabada esta noble faena, los dos amigos entregábanse silenciosamente á la contemplacion ó á la escritura.

El hombre de adusta fisonomía era el memorable erudito bibliófilo D. Nicolás Antonio, vecino de la collacion del Sagrario, que iba á preparar bajo los techos de aquel santo monasterio gran parte de su famosa *Biblioteca Hispana*: el Abad, su tierno amigo, el insigne padre Fray Benito de la Serna (1), docto humanista y escritor concienzudo, que, como hemos visto, lo ayudaba en sus esquisitas tareas literarias.

---

(1) Murió despues de 1560, en su monasterio de Sevilla, donde está sepultado. Era hermano de Don Melchor de la Serna, canónigo de la catedral de Sevilla, ilustre teólogo y predicador elocuente y del doctísimo padre Fray Pedro de la Serna, mercenario descalzo.

Una Misa cantada.

A las diez de la mañana de un apacible sábado, del mes de mayo, las campanas de la torre de la parroquia de San Estéban tacaban á misa. Los piadosos vecinos de aquella corta feligresía iban entrando por las dos puertas del templo. En la capilla mayor cerca del presbiterio, estaban en dos filas, puestos de pié, con los ojos bajos, unos cuantos soldados mancos, cojos ó llenos de hondas cicatrices, rezando devotamente. En sus pechos ostentaban muchas honrosas placas. En el centro de las hileras, sentados en paralelos magníficos sillones, de terciopelo verde, con clavos y franjas de oro, veíanse dos graves personajes, vestidos de generales.

Era el de la derecha ó lado de la Epístola D. José Carrillo de Albornoz, tercer conde de Montemar y primer duque del mismo título, y el de la izquierda ó lado del Evangelio D. Jaime de Guzman, segundo marqués de la Mina, gloriosos vencedores en Italia, los cuales, antes de las batallas, habian prometido á *Nuestra Señora de la Luz*, que si les daba la victoria, vendrian juntos á costear y oirle una misa cantada en compañía de todos sus va-

lientes compañeros de armas, que á la sazon se hallaban en Sevilla é iban á cumplir sus promesas.

La misa comenzó. Todos arrodilláronse humilde y recogidamente. Los cantos de los sacerdotes, las lágrimas de los generales, los suspiros de los soldados, los rezos de la gran concurrencia, envueltos con el humo del tabernáculo subian al Trono del Eterno.

Concluida la misa, los dos generales, rodeados de aquellos valientes fervorosos campeones, salieron de la iglesia, por la puerta del lado de la Epístola. Ya en la calle, mirándolos con cristiano cariño, les dijo el duque de Montemar:

—Hijos mios: *Nuestra Señora de la Luz* nos la dió en las batallas para destrozar á los adustos alemanes. Vosotros nos ayudásteis en aquellas sangrientas jornadas. Recibid, pues, la bendicion de la Vírjen Santísima y nuestras mas dulces enhorabuenas. Quedaos con Dios.

Estas palabras ternísimas produjeron un contento general en todos los numerosos circunstantes.

Antonio Gomez Azéves.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ESTUDIOS
HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS.

Á

DON JOSE MARIA ROMERO PEREZ,

INSIGNE PINTOR SEVILLANO.

Salteras 18 *de Agosto de* 1860.

Mi estimado amigo: Todavia no hace una hora completa que por entre el espeso polvo y el ardiente calor de estos caminos, he llegado de la cercana villa de Olivares; cuando al considerar el grande y loable amor que tiene V. á todas las buenas creaciones del ingenio andaluz le escribo esta pobre carta. En ella verá aunque ligeramente, la historia de tan alegre poblacion, las bellezas de las artes que encierra su extinguida iglesia col-e

gial, hoy parroquia de Santa Maria de las Nieves y la hermosura de sus campos.

La poética villa de Olivares es cabeza de los Estados de un ilustre título de Castilla, el cual lo han poseido algunos varones famosos. Sobresalen entre estos don Enrique de Guzman, embajador en la córte de Roma del rey don Felipe II en 1590 y don Gaspar de Guzman, tercer conde de Olivares y primer duque de Sanlucar la Mayor, Minístro del Despacho universal del Rey poeta Felipe IV (1). El insigne sevillano Francisco de Rioja, recibió á manos llenas de los dos últimos muchas y reñaladas mercedes. *El cantor de las flores* viose halagado hasta lo sumo, por aquellos dos grandes personajes, de los que fué íntimo amigo y bibliotecario.

El palacio de los condes de Olivares, sus antiguos señores, hoy de los duques de Alba, vése levantado en la plaza Mayor, frontero á la parro-

---

(1) Don Gonzalo de Céspedes y Meneses en el libro primero de la historia de Felipe IV, folio 35 vuelto dice hablando del duque de Sanlúcar la Mayor estas palabras: *Don Gaspar de Guzman, conde de Olivares y Gentil hambre de cámara era (aun que mozo) de alto juicio, grave, estudioso, y que mostraba ser bien atento á lo marcial, activo y pronto en las materias: ejecutivo y resoluto.*

quia de Santa Maria de las Nieves. Tiene una fachada bastante pintoresca. Dos grandes portadas y algunas graciosas torrecillas, con almenas, atestiguan claramente y traen á la memoria la severidad de los *Ricos hombres* castellanos y la grandeza de aquellos lejanos y dichosos siglos, cuyos recuerdos gloriosísimos en vano se empeñan oscurecer algunos escritores modernos. Es un frontis muy gracioso. Sin adornos de gran valia agrada sobremanera: teniendo *un no sé qué* de atractivo para los ojos de los aficionados, que llena el corazon y satisface el alma.

El carácter de los vecinos de Olivares es noble, franco y noble. Las puertas de sus casas (1) están siempre abiertas para la horfandad y para el infortunio. La riqueza de esta risueña villa es puramente agrícola. Sus campos se hallan cultivados con inteligencia. Sus cereales, con especialidad sus trigos, tienen justa nombradía. Vense en su territosio algunos grandes trozos del famoso acueducto romano de Tejada á Itálica, la Fuente de la Coriana, el antiquísimo pozo de Airon y los ricos cortijos de Soberbina, Bonal y Bartola.

Este pais está muy poblado y floreciente. Sus

---

(1) Tiene 482.

pueblecitos salpicados aqui y allí parecen grandes y pintorescas alquerias. Los olivares, las arboledas de frutales, los viñedos y algunos pinarillos que se encuentran de cuando en cuando lo embellecen hasta el estremo. Los romanos y los sarracenos le dieron mucha importancia agrícola. Los primeros cultivaron en él excelentes pagos de olivos y los segundos frondosos higuerales. Los azucarados higos del *Pais de las flores* tuvieron mucho nombre entre los Estados agarenos del Mediodia de España Eran muy apetecidos y se consumian con mucha profusion en las ricas mesas de los Califas, de los Reyes y de los Walies de Córdoba, Sevilla y Niebla.

En medio del triste y general atraso de nuestra agricultura en estas poblaciones, se benefician los campos con saber y con esmero. Estos humildes labriegos que jamas oyeron los nombres da Plinio, de Columela, de Virgilio, de Abú-Zacarias ni de nuestro Herrera, saben abonar sus tierras, sembrarlas y recoger sus frutos, mejor que si hubieran estudiado seis cursos de la ciencia rural. ¡Tanto vale la experiencia cuando va acompañada del talento y de la reflexion!

En algunas casas particulares existen pinturas y estátuas de los primeros maestros de las escuelas de Sevilla. Este pueblecito tiene tan buenas obras

artísticas por haber estado en él establecida la colegial mas de tres siglos. Todas ellas pertenecieron á los capitulares ó subalternos de su insigne Santa Iglesia. Allí, donde ha estado el clero, ha sido siempre el mas munífico protector de las bellas artes. Allí, donde ha estado el clero, vénse todavia, á pesar de las revueltas, de los amaños y de las rapiñas de estos últimos tiempos, libros, pinturas, estátuas, grabados y dibujos. Pero en donde el clero ha faltado no se encuentra sino rudeza y barbarie.

PARROQUIA

DE

SANTA MARIA DE LAS NIEVES,

Ó

MAYOR.

Esta diáfana y hermosa Iglesia, antigua colegial, tiene tres naves y tres puertas. Una de estas á los pies del templo y las otras dos fronteras, una al lado del Evangelio y la otra al lado de la Epístola. Cualquiera persona ilustrada al traspasar sus umbrales siente dentro de su alma *un no se qué* de respeto, de veneracion y de grandeza que le hace adivinar su antiguo destino.

Bellezas artísticas.

En el altar mayor, de mal gusto, venérase á *Nuestra Señora de las Nieves*, estátua, sentada y sostenida por ángeles niños, teniendo en sus brazos al de Jesus, obra razonable de Pablo Legot. (1) Cuatro esculturas de los discípulos de Martinez Montañés, y últimamente sobre la urna sacramental un gallardo *Crucifijo* de Pedro Delgado, regalo del señor don Ramon de Urrutia, dignísimo canónigo que fué de esta insigne colegial de Olivares.

En el Coro, donde se halla sepultado el famoso maestro de Francisco Zurbarán Salazar, el discípulo de Ticiano Juan de las Roelas, canónigo de esta santa iglesia, hay un *Señor amarrado á la columna* y una *Dolorosa*, pinturas de mérito por su dibujo, colorido y entonacion.

Nave del Evangelio. La capilla del Relicario que está en la Mayor, mírase enriquecida con un

(1) Vulgarmente conocido por Pablo Legote, hábil pintor y estatuario, el cual vivió en Sevilla, calle del Tiro, collacion de la Parroquia de San Ildefonso.

sin número de huesos de Mártires y de Santos. Este es uno de los primeros Relicarios del Cristianismo. En el año de 1590, con licencia del Sumo Pontífice Gregorio XIV, lo donó á esta Colegial el referido señor don Enrique de Guzman, conde de Olivares, siendo Embajador del Rey don Felipe II, en la Corte Romana. Están sacados los huesos de varios cementerios é iglesias de aquella santa Metrópoli del mundo católico.

En este famoso Relicario, hánse felizmente reunido grandes recuerdos de las Vírgenes, de los Santos, de los Mártires y del pobre y débil niño, que naciendo en el tosco pesebre de Belen, donde rodó su humilde cuna, sostiene al mundo sobre la palma de su mano y á una mirada suya saltan los montes y los mares.

Nuestra Señora del Alamo, que está en su altár, es una pequeña razonable escultura, anterior, en nuestro juicio, á los tiempos de Gerónimo Hernandez. Pero lo que mas avalora á este retablo es otra tambien pequeña que representa un *Ecce Homo*, debida á los delicados cinceles de doña Luisa Ignacia Roldan, conocida entre los aficionados por la *Roldana*.

A los pies de este altar, grabada en una grande losa de mármol blanco, se lee la siguiente ins-

cripcion sepulcral latina, dirigida á perpetuar la memoria de los dos sabios hermanos don José y don Ramon Hernandez Gomez Araujo, canónigos que fueron de esta Santa Colegial, los cuales redactaron sus concienzudos y bien escritos Estatutos. Eran ambos tan doctos como piadosos:

D. O. M. S.
Oiim apud Abulenses Academicos ordines
Divi Æmilliani Colegii Alumni:
D. D. Josephus et Raimundus Hernandez
Gomez Arauxo: Duo Fratres arctissime
charitatis vinculo copulati: Hic Primicerii Mesochori Dignitate: Ille Dignitate Sacristæ in hac Insigne Colegiali Ecclesia ornati: Indices Cruciatæ integerrimi: Quorum nobilitatem petra fixa. Rectitudinem vitæ.
Morum candorem Pietatem sapientiam
Olivares omnesque ad unum mirifice testantur: Coniunctim ita duo hic vixere
utin ævum tendentes corporibus exuti uno sub hoc lapide
tegantur.

R. I. P. A.

En el altar de la *Virgen del Cármen*, la carita-

tiva *Señora* está sacando las ánimas del Purgatorio. Es una escultura de no escaso mérito, asi como tambien las ánimas benditas de medio cuerpo.

En la capilla del *Nacimiento* existe un hermoso cuadro que lo representa, debido á los valientes pinceles del discípulo de Ticiano del memorable Juan de las Roelas. Al pié de este altar en una losa de mármol blanco hállase la leyenda latina del sepulcro del insigne Abad don Antonio Poblaciones Dávalos, tan erudito como virtuoso Prelado. La leyenda dice así:

D. O. M.

Hic Jacet.

Illm.s et RR.s D. D. Bernardus.

Antonius Poblaciones Dávalos.

Insignis Collegiatæ Olivarensis Abbas.

A consiliis Regis.

Sacrosanctæ Theologiæ. Doctor.

Regii. Collegii. Majoris.

Illiberitani.

Sanctæ Crucis. Fidei. Togatus. Meritis.

en Occidentalibus. Americæ.

Oris

Sancti Martini. Bonorum aerum

Ecclesiae Episcopus electus.

Qui

Omnium. Litterarum genere apprime.

Eruditus.

Vitæ moribus: Probatissimus et virtutibus.

Ornatus.

Terrena respuens: et aspiciens Coelestia

Desiit vivere.

XI. Kal. Februar. anno M.D.CCC.XVII.

Meritum viguit. Permanet sola virtus.

R. I. A.

Nuestro Padre Jesus Nazareno, que se venera en su altar es una buena escultura de Montañés.

El Niño perdido, que se venera en suyo, es una estátua de regular mérito. Encima hay un lienzo qne figura á *Nuestra Señora del Alamo*, de la escuela de Frutet. En el banco de este retablo yacen olvidada de los hombres, las estimables cenizas del tan sabio como religioso don José Ponz, canónigo que fué de esta ilustre iglesia.

En otro altar inmediato vese una escultura figurando un *San Benito*, patrono de la vecina y derribada villa de Heliche, en cuya iglesia parroquial tenia retablo. Es una obra antigua, tal vez del Maese Pedro de Campaña, no despojada de valor artístico.

Nave de la Epistola. Junto á la puerta de la sacristia existen dos *Sin pecados* con dos vírgenes del *Rosario*, pinturas muy agradables de la Escuela Sevillana.

El *San Francisco* que está en su altar y la *Pastora* que está en el suyo son dos buenas creaciones: el primero de Pedro Delgado y la segunda de Bernardo de Gixon. Tanto una como otra obra están ejecutadas con la conciencia y correccion propias de sus famosos autores.

La capilla del Santísimo tiene dos altares. En el Mayor ó del Sacramento hay las siguientes grandes bellezas. Un *San José* con el Niño Dios de la mano, trabajo graciosísimo del inolvidable escul-

tor del cielo Juan Martinez Montañés y un precioso *Niño Jesus* del mismo artífice. ¡Qué niño tan galano! No le falta mas que hablar. La candidez, el contento y la risa rebozan en su tierno y sacratísimo rostro. En el otro altar *Nuestra Señora de las Nieves,* y frontera, colgada en la pared, una *Anunciacion,* de la manera de Francisco de Zurbarán Salazar.

En la capilla contigua hay una insinuante *Dolorosa,* estátua de vestir de bastante mérito. El dolor tiene traspasado su pecho, saliendo claramente á su rostro la amargura en que está ahogada. No sin justicia le tienen tanta devocion los vecinos de la piadosa Olivares. En esta capilla vénse algunos razonables frescos. Entre ella y la última de esta nave que es la de San Sebastian hay clavado en la pared, un cuadro representando á *San Blas,* de cuerpo entero, de la manera de Roelas. En el retablo de *San Sebastian,* si mal no recuerdo, nada ví digno de mencion.

En la sacristia luce un retrato de medio cuerpo, del papa Urbano VIII, atribuido á los valentísimos pinceles del inmortal Ticiano. Hizo este buen regalo á la colegial el mencionado señor don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, y duque de Sanlúcar la Mayor. Tuve el disgusto de no ver, por estár guardado con llave en la taca de un banco,

en esta misma sacristía, cuatro bellísimos lienzos, de los mejores tiempos de Juan de las Roelas, los cuales representan los *Desposorios, la Anunciacion, la Adoracion de los Reyes* y el *Tránsito de San José.* Están allí depositados por un no concluido litigio del ilustre Cabildo eclesiástico de esta suprimida colegial.

Hállase enriquecida la sala capitular contigua á la sacristía, con varios retratos de los señores Abades de esta insigne iglesia, entre aquellos, algunos de no escaso mérito; con una cabeza de San Juan Bautista de Zurbarán, con un *Ecce Homo* y una *Dolorosa* de Roelas, y últimamente un *Crucifijo* de marfil trabajado con inteligencia y gusto.

En la pila de esta santa Iglesia recibió las saludables aguas del bautismo doña Salvadora Freyria Monge de Leon, madre del señor don Francisco de Paula Lopez de Castro, uno de los mas estimables poetas de la moderna escuela sevillana, compañero y amigo de Reinoso, Arjona, Lista, Blanco, Roldan, Diaz y Marmol, algunos de cuyos trabajos poéticos insertó el señor Quintana al final del tomo cuarto de su aventajada coleccion. Su retrato, gracias á mi solicitud, está en la biblioteca Colombina, entre otros muchos de los mejores ingenios sevillanos, que allí va reuniendo con loable celo su digno bibliotecario don José Fernandez Velazco.

SEPULCROS.

—

Sepultura del licenciado Juan de las Roelas.

A la entrada del coro se vé la losa sepulcra que cubre las las cenizas respetables de este pintor famoso. Está con el continuo pisoteo tan gastada y borrosa que ni una letra siquiera se distingue ni se puede leer en ella.

Noticias biográficas.

Nació en Sevilla en 1560 de la noble familia de su apellido. (1) Joven marchó á Italia, para asistir como discípulo al concurrido taller del célebre

(1) En 1528 era su tio Alonso de las Roelas veinticuatro de Sevilla.

Ticiano Vecelli. Este gran maestro del arte de la pintura lo estimó sobremanera por su talento y su aplicacion. Vuelto á Sevilla fué en ella el oráculo de su tiempo. Entre sus buenos alumnos sobresalió el valiente Francisco de Zurbarán Salazar, natural de la villa de Fuente de Cantos, en Extremadura. (1) Nombrado canónigo de la Colegial de Olivares fué en aquella villa un modelo de virtudes cristianas. La vista de aquellos bellísimos campos, de aquellos paisages pintorescos inflamaban su fantasia algo apagada por los años y por las amarguras. Sentido de la villa de Olivares, de Sevilla y de toda España murió en 1625, dejando al mundo artístico una gloriosa memoria. Todavia se vé en el corto camino de Olivares á la demolida villa de Heliche, un cercado de seis á ocho fanegas de cabida, tierra calma ó de pan sembrar, con el nombre de *cercado de Roelas*, cuya heredad perteneció á este ilustre artífice.

Ya conoce V. á Olivares.

Voy ahora antes de acabar esta carta á decirle cuatro palabras de la próxima villa de Albaida y de sus alrededores los cuales visité ayer tarde.

---

(1) En el libro 2.° de difuntos de la parroquia de Santa Maria Magdalena, de Sevilla, fólio 102 hay la siguiente partida: «En este dia (28 de Mayo de 1639.) doña Beatriz de Morales, muger de Francisco de Zurbaran, pintor.»

ALBAIDA.

La villa de Albaida la *Lelia* de los romanos, célebre municipio de Itálica reedificada por los moros, los cuales le dieron el nombre que hoy tiene: es una poblacion pobre y reducida. En el dia solamente cuenta dos plazuelas, cinco calles y ochenta y dos casas, la mayor parte ruinosas.

Nada de lo que actualmente se vé en ella recuerda la cultura latina, ni la delicadeza sarracena.

En tiempo del Rey Don Juan II, fué cedida Albaida ó *Solucar la Menor* al cabildo de la catedral de Sevilla. Por su término corren los dos arroyos de Baldarrago y Valdegallinas, los cuales desaguan en el rio Guadiamar ó de Sanlúcar la Mayor.

Las inmediaciones de Albaida tienen un aire de tristeza el cual llena el corazon de amarga melancolía. En sus montecillos y en sus qnebradas

encuéntranse de trecho en trecho algunos vestigios de la risueña *Lelia.* Ya todo está mudo: todo está desierto. Ni se oyen los melodiosos cantos de sus hermosas matronas: ni se ven correr los ligeros corceles de sus bizarros Centuriones. El buho, puesto sobre sus desmoronadas murallas, derrama, con sus endechas funerales, el luto y el desconsuelo por todas aquellas cercanias. La alhagüeña *Lelia* y su dulce nombre murieron para siempre. Las edades, las conquístas, las guerras y las revoluciones los han arrancado de las gloriosas páginas de la historia.

La fuente de Archena, la torre de don Fadrique ó *mocha* y algunos leves restos de edificios latinos y sarracenos, tales como murallas, calzadas, puentes y alcantarillas, es lo único que encontré digno de la consideracion y del estudio de los amigos de las antiguedades.

El sol iba con su gallarda pompa despidiéndose de los alegres campos de la antigua Bética, cuando llegué á la fuente de Archena. Un vaquero estaba sacando agua con una cubeta de madera y echándola en un largo pilar, para dar refrigerio á su piara. Roguéleque sacára una para mí. Con el frio pero cordial agrado de los hombres rústicos me la presentó al instante llena de agua. Entonces, aco rdándome vivamente del Pueblo Rey, de la Señora

de las Naciones, de la Augusta Roma que llevó con soberana magestad sus elegantes águilas y sus airosas cohortes, á los mas lejanos y ocultos confines del mundo; puesto de bruzes sobre el brocal de aquel pozo olvidado, satisfice en aquella tosca cubeta mi ardiente sed, mucho mejor que si hubiera bebido en la memorable fuente de Aganipe con los vasos auríferos de Lucúlo ó con las alabastrinas ánforas de Creso.

La torre de don Fadrique ó *mocha* mírase en la esplanada de un cerrillo, cercano á la iglesia parroquial y al cementerio de Albaida, al principio de la bajada de la cuesta, sobre mano izquierda. Tiene la siguiente leyenda: *El Infante don Fadrique mandó facer esta torre.* Las injurias de los siglos y de los hombres la han ido rebajando de manera, que ya no parece una torre sino un murallon arruinado. Por este motivo las gentes de Albaida y los pueblos comarcanos le llaman la *Torre mocha*: no conociéndola por otro nombre.

Apeándome del caballo que montaba y yendo á sentarme en un banco de tierra cerca de la torre me entregué á dolorosas contemplaciones. Los reptiles asustados por el ruido de mis pasos, huyendo por entre los espesos matorrales que me circuian, eran los únicos vivientes de aquellos recintos silenciosos. Yo no escuché allí los suaves

trinos de los gilguerillos, ni los melifluos jorgeos de los ruiseñores, derramando torrentes de armonía con sus deliciosos harpegios; sino los ásperos *gris gris* de las cigarras, pulverizando las secas ramas de los cardos. El viento que se estrellaba contra los muros del viejo torreon, formando ecos confusos y funerarios, parecia que estaba gimiendo por la pérdida de tantas grandezas y por la muerte de tantas hermosuras.

Ya oscurecido, lleno mi pecho de congoja y mi cabeza ocupada en meditaciones sobre el alzamiento y la caida de los Imperios de la tierra, volviendo á montar en mi caballo me retiré de aquellos lugares melancólicos.

Ciertamente estrañará V. que nada le diga de bellas artes. En Albaida no las hay: por esto no lo hago. Las altas creaciones del genio y del buen gusto huyeron espantadas de aquellas tristes soledades. Ya no crece allí la purpúrea rosa, ni la blanca azucena para perfumar los aires, con sus gratos olores: sino el pardo beleño y el amarillo xaramago para dar sombras fatídicas á las carcomidas piedras de los sepulcros.

Esto es lo que ha quedado de la alegre *Lelia*. La higuera silvestre nace entre las hondas grietas de los derribados edificios y el vil lagarto se pasea por entre escombros solitarios.

Ahí tiene V. ya esos débiles juicios y esos descoloridos paisages. Ruégole que los reciba con el agrado del artífice y la indulgencia del amigo.

Pocas cosas van quedando de la escuela del famoso Murillo, que V. sigue con tanta honra. ¡Qué lástima! Hasta los sillares de la Lonja de Mercaderes no han querido conservar de su Academia sino los tres siguientes victores:

El EX.° Sr. CONDE DE ARE-
NALES. PROTEC.r DE LA
ACADEMIA DE LA P.ª DE ES-
TA C.d
VICTOR.

FRANCISCO DEL CASTILLO.
VICTOR.

VICTOR.
D. SEBASTIAN DE LLANOS Y
BALDES PRESIDENTE DE LA ACADE-
MIA DE LA PINTVRA.
1.666.

Dios me guarde á V. muchos años, como deseo.

Antonio Gomez Azeves.

CUADROS CATÓLICOS.

El Misionero.

Cubierto de tosco sayal, con la cabeza baja, un crucifijo, un rosario y una cantimplora á la cintura, lleno el rostro de hondas cicatrices y apoyado en un grueso báculo, iba un anciano Misionero á través de rios, montañas y arenales, buscando las ovejas descarriadas. Ya les silvaba carinoso: ya las llamaba vehemente: ya las seguia infatigable, diciéndoles:

—Venid á mi, hombres idólatras. Yo os traigo la verdad. Yo os traigo la paz eterna.

Por una llanura próxima dirigiase hácia él un peloton de salvajes, mandados por su Cacique, atraidos del vigoroso iman de sus palabras. El Cacique, vestido de plumas de varios colores, acercándose al Misionero, exclama:

¡Santo! ¡Santo! ¿A qué vienes á estas tierras?

—A ganar almas á Dios.

—¿Quién es Dios?

—Míralo aquí.

Enseñándole el crucifijo que tenia tapado con su manto.

El Cacique, clavando en él sus grandes y azulados ojos, hace un significativo gesto de pasmo.

Tomándole el crucifijo, abrazándolo y besándolo, hincado de rodillas rompe milogrosamente en briosos gritos, diciendo:

—Yo adoro á este Dios. Yo temo á este Dios. Yo espero en este Dios.

Todos los salvajes lo imitan. Uno tras otro van tomando en sus manos al generoso Rey del Calvario y haciendo la misma protesta de fé.

El Misionero llora de Alegria. Las aves de los desiertos cantan. Allá, en las alturas, suenan las deliciosas músicas de los Querubines, los cuales, entonando el *Hosanna*, descienden en numerosos coros para santificar el bautismo de los gentiles.

El Misionero los cristianiza uno por uno, con el agua pura y cristalina de su cantimplora, sacada, no del famoso Jordan sino de un olvidado riachuelo.

¡Bendito seas, venerable Misionero! El Señor vaya contigo. Sigue tu gloriosa marcha, por las espaciosas soledades, atravesando matorrales y barrancos; para abrir las puertas de los cielos á los desventurados idólatras.

El lirio de la Bética.

Entre los espesos romerales de las selvas romuleas (sevillanas) se mecia, galano, un perfumado lirio; derramando en sus alrededores gratísimas fragancias. La Providencia lo plantó. Las lluvias de los Cielos lo criaron, dándole el vigor y la frescura.

Parecia, pues, que este dulce solitario, oculto en los desiertos, se librara de una mano iracunda y destructora. Pero no, fieros soldados persiguiendo á los cristianos; para martirizarlos, llegan: lo ven: lo tronchan: lo arrancan y cae al suelo hecho pedazos.

Nada en la tierra está á salvo del pillaje, ni del hierro de aquellos bárbaros hijos de la degradada é insolente Roma. Con la misma dureza de corazon cortan el cuello al lirio de las selvas; que atraviesan con sus dardos los de los Sacerdotes, las doncellas, los niños y los ancianos. Con la misma sangre fria arrancan y despedazan el lirio de los vergeles, solitario inofensivo; que flechean y entregan á las llamas las ciudades y las naciones enteras.

El Monasterio.

En el centro de un valle solitario, dos anchos caminos con cipreces, conducian á las puertas de un antiguo hermoso Monasterio, rodeado de pintorescos bosquecillos, donde las aves cantaban melodiosas. Tres limpios arroyuelos corrian por sus comarcas. El Dios de los desiertos lo guardaba Habitado por Santos Varones era el amparo de los mendigos y el refugio de los caminantes. Quien penetraba sus umbrales, todo lo tenia con abundancia. Habíalo fundado en siglos de piedad una persona augusta, para descargo de su concienci. Elegantísimo sepulcro de bronces y de alabastros encerraba en el presbiterio de la iglesia, sus respetables cenizas. Suntuosos tabernáculos, magníficas estátuas y valientes pinturas la avaloraban en

estremo. Hoy despedazadas sus paredes: caidos sus techos, profanados sus altares, rotas sus efigies, saqueadas sus tumbas, yermos sus claustros, vacias sus celdas; presenta á los ojos del viajero un frio monton de escombros.

¿Quiénes han causado tamañas ruinas?

Los hombres soberbios y avarientos que, levantados del polvo de la tierra, quieren hundir bajo sus plantas la estola de los Sacerdotes y el cetro de los Reyes.

—¿Para qué?

—Para vivir en medio de la riqueza y del escándalo y mofarse á cara descubierta, de los menesterosos que llegan á sus moradas.

Ruinas solitarias, restos sagrados de una casa mística, donde á compás de los acordes arpas de los Angeles, oianse en medio de la noche los robustos cantos de los Monges: si algun dia otros piadosos Principes vuelven á levantaros contadles á aquellas dichosas generaciones, para que les sirva de ejemplar escarmiento la deplorable historia de vuestras largas calamidades.

Antonio Gomez Azéves.

CUADROS CATÓLICOS.

La huerfanita mendiga.

Iba una tierna criatura, una pobre niña por las calles de Sevilla, cubierta de harapos, traspasada de frio y desfallecida de hambre, pidiendo limosna de puerta en puerta. Vela un matrimonio rico y compasivo. La llama: la acaricia: le pregunta su nombre: la lleva consigo: la viste: la sienta á su mesa, le mulle blando lecho y la adopta por hija. Su suerte cambia de improviso: su condicion varia repentinamente. Aquella triste niña, que, sin vereda ni camino, como la hoja seca, arrastrada por los vientos, andaba por el mundo, á mer-

—Pues entonces ¿por qué toda la Bética salta de alegría?

—Porque ya la alumbra el Evangelio y sus vivísimos resplandores bañan las empinadas crestas de los Montes Marianos.

Ya, vinieron los suspirados propagadores de la *Buena Nueva.* Ya levantan la Sagrada Hostia: cantando fervorosos: *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* A estas mágicas palabras caen á tierra, los nefandos altares de los ídolos, desplómanse los suntuosos templos, que los guardaban, y sobre el mismo terreno, manchado con el licor de las desenfrenadas bacanales, ó la sangre de inocentes víctimas humanas, el incansable Apóstol del Misericordioso Dios del Gólgota, clava, valiente, la gloriosa bandera de la Cruz; predicando la paz, la union y la caridad entre todos los mortales.

Antonio Gomez Azéves.

El hospital y la casa del impío.

Yo entré en la mansion de los ayes, en un grande hospital y ví agravarse, y ví agonizar, y ví morír á muchos pobres enfermos, sin tener siquiera un retazo de estameña para su mortaja.

Yo me acerqué á la morada de las risas, á la casa del impío y ví la clara luz de los candelabros y el denso humo de los peveteros, y sentí el grato olor de los azahares y de los perfumes, y oí el báquico bullicio de los banquetes y los dulces ecos de las músicas acordadas, y escuché, lleno de horror, los cantos lascivos de las damas y los descreídos versos de los galanes.

Entonces noté levantarse en los Cielos una nuve ensangrentada y tras de ella, en trono augusto, una hermosa simpática figura, la cual bajando sus centelleantes ojos hácia la casa del impio, con tono grave y enojoso exclamó asi:

—¡Malditos de mi Padre: yo os entregaré á Satanás!

Al concluir Jesus estas asustadoras palabras, cesa el ruido; todo desaparece; casa, damas, galanes, candelabros y perfumes hundiéronse en el abismo.

La Bética feliz.

El sol despide claras luces. Las aves trinando, saltan de rama en rama. Las flores, balanceadas por los aires, dilatan sus ricos perfumes. Los rios, rizando sus olas bullen de alborozo. Rómula, Itálica, Caura-Bética, Ilipa, Carissa-Aurelia, Marcia, Iliturgis y Mulva abren sus sepulcros; saliendo de ellos sombras funerales.

—¿Se ha ganado alguna batalla?

—No.

—¿Ha subído al Capitolio algun César Augusto?

—No,

—¿Se han deificado en Romulea (Sevilla) algunos Héroes?

—Tampoco.

ced de la azarosa fortuna, encuentra en sus nuevos padres amparo y amor.

—¿Quién ha cambiado su destino?

—Jesucristo.

—¿Con qué?

—Con su misma sabia doctrina; con sus mismos santísimos ejemplos.

—¿Cómo?

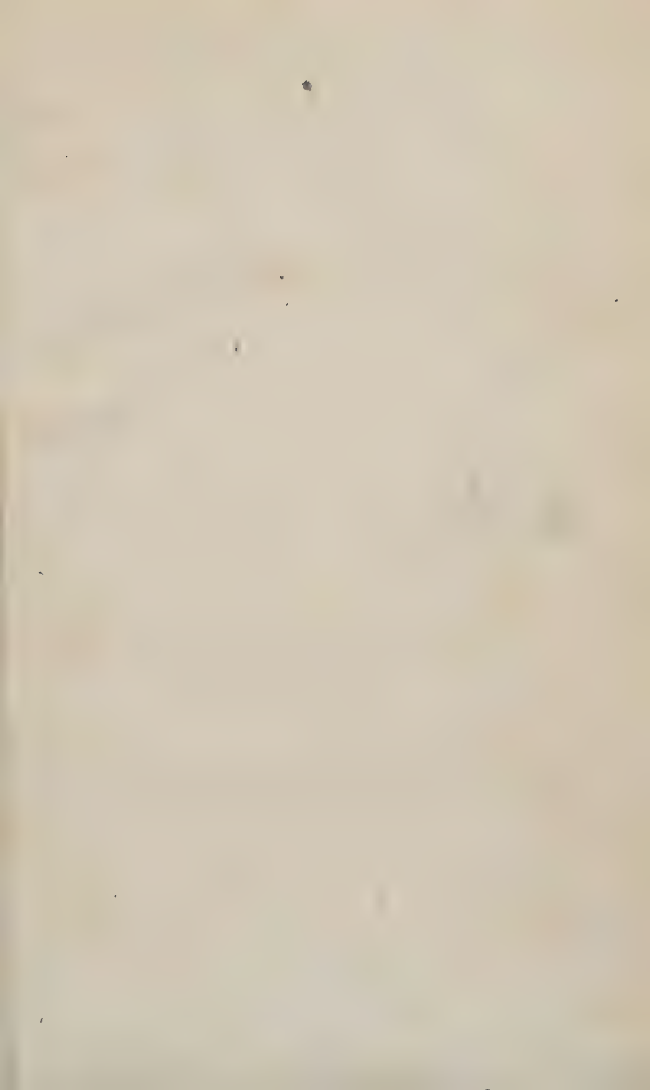
—Desatando en el corazon humano claras fuentes de beneficencia y de caridad; limpios raudales de largueza, de generosidad y de cariño, que unen al hombre con el hombre en dulces y estrechos lazos.

—¿Dónde?

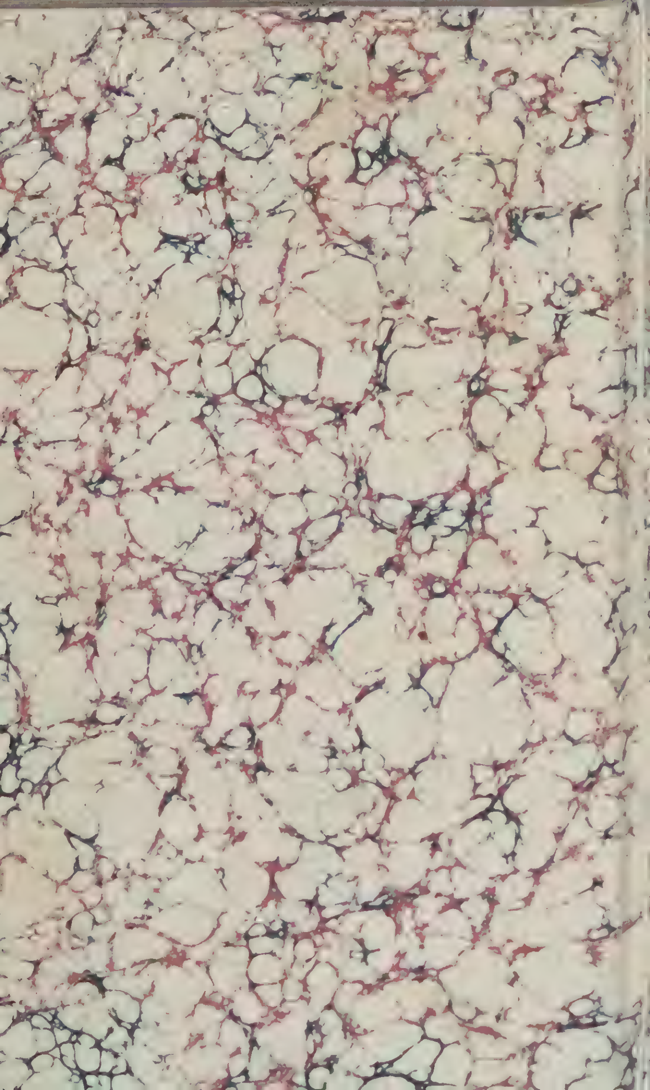
—En su divino libro el Evangelio.

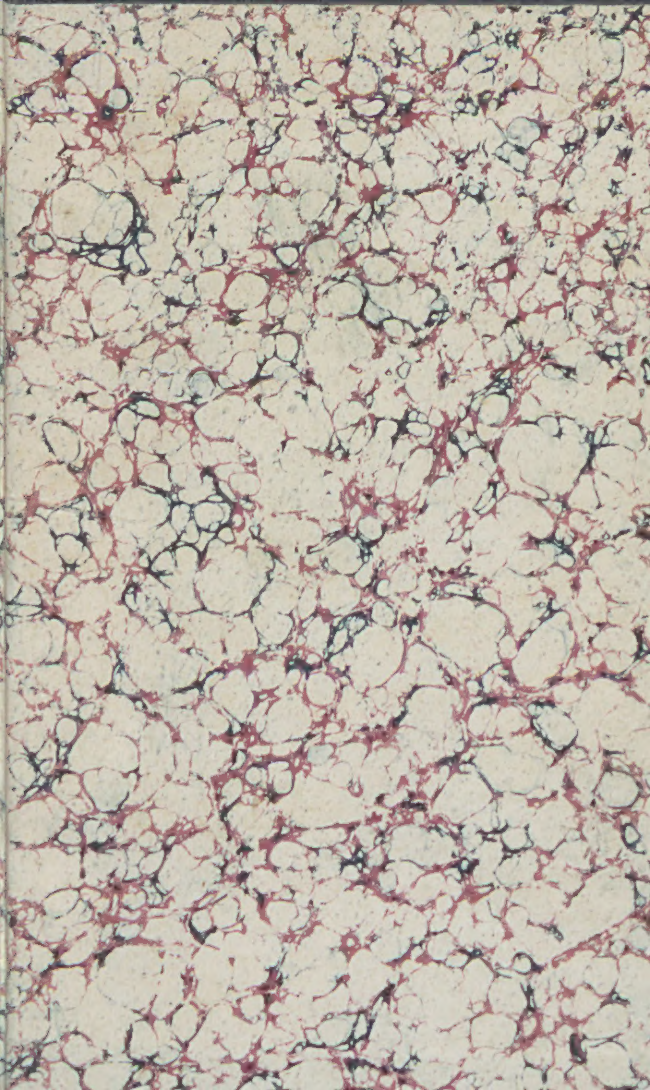
—¿Nadie habia hecho esto?

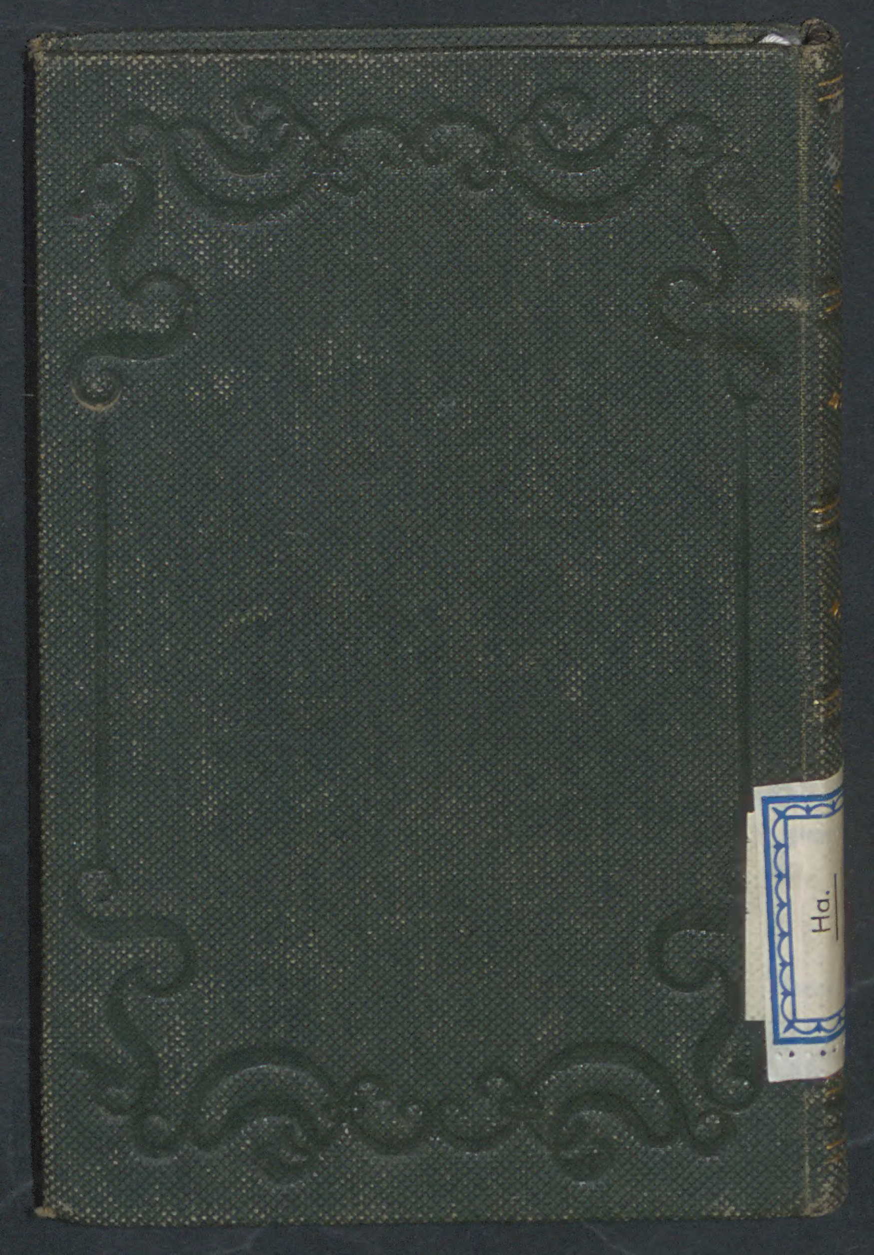
—*Nadie.* Ni la avarienta Tiro, ni la orgullosa Atenas, ni la soberbia Roma ni la tenaz Cartago alargaron sus frias manos á la desventura ni á la horfandad. La pobreza era en aquellas grandes naciones, que han hecho tanto ruido, en los anales del linaje humano,un título de mengua, una marca de oprobio, un baldon inaguantable. ¡Solamente el generoso Rey del Calvario, sentándolo á su mesa, puso, en las arrugadas sienes del mendigo, la corona inmarcecible de la gloria y de la inmortalidad!










Ha.



colorchecker CLASSIC

calibrite

mm